La Ilustración Artística

AÑO IX — BARCELONA 29 DE SEPTIEMBRE DE 1890 — NÚM. 457

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO



VIGO.—MONUMENTO ERIGIDO EN HONOR DE MÉNDEZ NÚÑEZ, obra del escultor D. Agustín Querol.

(De una fotografía de D. C. Novoa.)

EL ÁNADE DE EDREDÓN

(SOMATERIA MOLLISSIMA)

Si el amante del arte y de la industria encontró en el gran certamen universal de Barcelona infinidad de objetos dignos de estudio y admiración, también el naturalista halló cosas que satisficieron sus aficiones. Me refiero á unos artículos que presentó Suecia y Noruega, artículos que únicamente aquellos países del extremo Norte de Europa llevan al mercado del mundo: pieles finísimas de marta, otras de rengífero, de lince, de zorras y de osos blancos, y sobre todo colchas para cama, hechas de la piel y de las mullidísimas plumas del *Eidervogel*, ó sea del ánade que nos provee del edredón.

Los mencionados mamíferos, que habían pagado con su vida tributo al gran certamen industrial, son bien conocidos, ya por la descripción que de ellos se hace en cualquier libro de zoología, ya por haberlos visto en jardines zoológicos.

No sucede otro tanto respecto al ave que nos presta su blando plumaje para forrar los mejores abrigos ó para llenar los más escogidos cobertores de nuestra cama.

Estas aves no se ven vivas en ningún parque zoológico, porque sólo el Océano del Norte es su patria; sólo en el agitado mar glacial tienen su domicilio.

Sobre la naturaleza y la vida de esa ave, tan útil para los habitantes de las costas é islas de la zona boreal, séame permitido comunicar al benévolo lector unas breves noticias.

Tres especies del *Eidervogel* habitan el mar glacial de nuestro continente, las que llevan los nombres científicos de *Somateria mollissima*, *Somateria spectabilis* y *Heniconetta Stelleri*. Las tres prueban con su preciado plumaje que no es sólo el esplendente sol de los trópicos el que produce en las plumas de sus predilectos hijos, de los parleros pájaros, colores brillantes que encantan nuestra vista, sino que también en las cercanías del polo se encuentran aves que respecto al colorido de sus plumas pueden competir dignamente con las que nacieron y viven bajo el siempre sereno cielo tropical. No conozco ninguna ave acuática que ostente una combinación tan preciosa de colores como la del plumaje de los ánades del edredón.

La primera especie, *Somateria mollissima*, es de tamaño algo menor que nuestros gansos, pero bastante mayor que todos los ánades ó patos conocidos: tiene de largo 26 pulgadas (antigua medida de París, la usada por los naturalistas) y 49 de ancho. Su aspecto es algo pesado, lo mismo que sus movimientos en tierra; mas en la natación y al sumergirse en el agua y bajar hasta el fondo del Océano, es el *Eidervogel* maestro de todas las aves acuáticas; para ello, no sólo se sirve de sus palmípedes, sino también de sus alas, cual los peces de sus aletas. En alta mar se le ve en grandes bandadas, porque el ánade del edredón es ave muy sociable, que vive en paz con todos los demás pájaros del mar y en la mejor armonía con sus iguales.

Su alimento consiste exclusivamente en conchitas, pequeños cangrejos, peces diminutos y moluscos. Las primeras son su comida predilecta, y siempre tiene el buche y el estómago repletos de ellas. La concha entera de esos moluscos es para el pato del edredón lo que las piedrecitas que otras aves acuáticas engullen para facilitar la digestión de sus alimentos. Para proporcionárselas bajan hasta el fondo del mar, que les proporciona su alimento en abundancia.

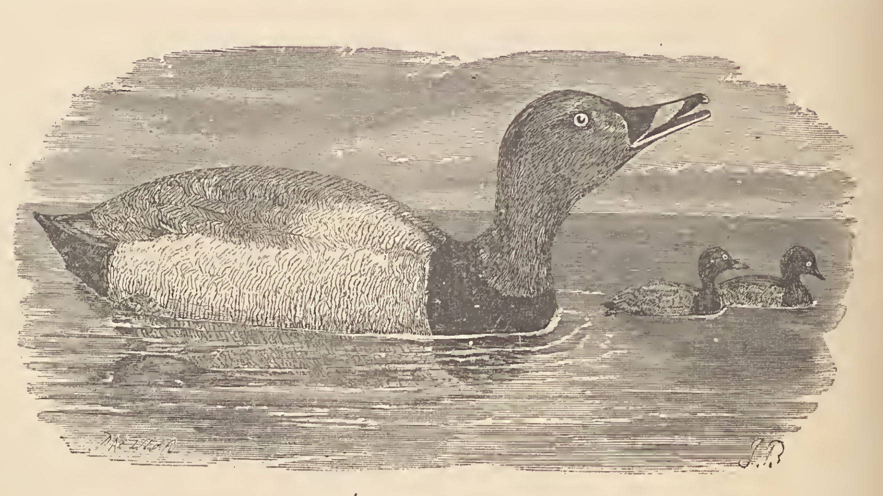
La carne de esta ave será sin duda grato manjar para el paladar del esquimal, pero al europeo le repugna por su pronunciado sabor de aceite de pescado.

En la época de anidar el *Eidervogel* cambia por completo sus costumbres y hasta su carácter. Si antes en alta mar estaba receloso del hombre y no dejaba que se acercase ninguna lancha ó bote á corta distancia, si vivía con sus semejantes unidos en bandadas y juntos buscaban el sustento, cuando llegan los últimos días de marzo se separan y reunen en parejas, que se instalan en todos los *fiords* de Noruega y en las acantiladas costas de Islandia y Groelandia, azotadas sin cesar por las furiosas olas del mar glacial. El macho, entrado en celo, llama á la hembra emitiendo un sonido que puede representarse por *ahu ahua*, y ella contesta como los demás con su *gak, gak* y la enamorada pareja busca el sitio más á propósito de la escarpada costa, donde pueda salir fácilmente á tierra y donde además encuentre abrigo contra el fuerte viento.

No se precipitan para la elección del lugar en donde piensan establecer su nido, sino que lo eligen á su gusto. El hombre, que recibe á los huéspedes del mar con toda la consideración que le permite la codicia, les ha preparado ya sitios á propósito para sus nidos.

Todos los arbustos y matas han sido cuidadosamente conservados, ni uno solo se ha cortado, además se han aprovechado las grietas y huecos de los peñascos de fácil acceso para convertirlos por medio de viejas tablas ó haces de ramaje en incitadoras casitas para los huéspedes con tanto afán esperados.

Pronto empieza en la orilla un verdadero hormiguero de aves en busca de rincón más ó menos oculto y seguro para el nido. Los ánades pierden por completo su temor, se acercan confiados al hombre, como si se pusieran bajo su tutela, y se convierten por ese tiempo en aves domésticas. Sin miedo alguno hacen su nido, algunos entre hierbas ó piedras de la misma orilla, la mayor parte debajo de espesos enebros que espontáneos nacen en aquellas costas, ó en los sitios preparados expresamente para ello por el habitante de aquellos desolados países, é invaden hasta la casa misma de su egoísta protector. Este, no sólo les deja escoger el sitio que mejor les parezca, sino que cuida de que nada les estorbe ó inquiete. Las leyes alejan de aquellos parajes á los cazadores furtivos, y el dueño del terreno maneja tan sólo la escopeta para preservar á sus huéspedes de la voracidad de algún cuervo ó de alguna gaviota de rapiña.



EL ÁNADE DE EDREDÓN

En algunos puntos se muestran los ánades del edredón tan importunos, que molestan al dueño de la casa. El hombre soporta gustoso todas esas incomodidades, porque los nidos le compensan bien de ellas, y cuanto mayor sea el número de aquéllos que en su terreno se establezcan, tanto mayor será el provecho que obtendrá su dueño.

La hembra se arranca de su pecho los más finos edredones para forrar el hoyo del nido y cercarle además de una tupida corona de ellos; y si sus plumas no bastan para tapizarlo todo, tiene que acudir en su ayuda el macho y prestar parte de las suyas.

En ese mullido nido pone la hembra de cuatro á ocho y hasta diez huevos bastante gordos, de color verde-sucio ó azulado, y empieza á empollarlos desde luego. A los dos ó tres días está la madre tan abstraída con su ocupación, que no sólo permite, sin inquietarse, que se acerque la gente al nido, sino que se deja coger, levantar de los huevos y aun tocar éstos sin por eso abandonarlos, como suelen hacer otras aves.

Pero no es fácil poder descubrir un nido, si éste se halla en las rocas; los colores del plumaje de la hembra, completamente distintos de los del macho, se acomodan tan perfectamente á los de las peñas, que cuesta trabajo distinguir al ave que está incubando.

Sólo para buscarse el indispensable alimento dejan las hembras el nido por corto tiempo, cubriendo entonces cuidadosamente los huevos con los edredones, que forman la corona de alrededor para que aquéllos no se enfríen mientras tanto.

Mientras la hembra del *Eidervogel* está empollando con tanto afán, la mayor parte de los machos se juntan en bandadas á orillas del mar; algunos salen á tierra y quedan cual fieles custodios al lado del nido. Si algún hombre se acerca á éste, alzan la cabeza y gruñen, pero no se atreven á abalanzarse á él. En su mayoría quedan en el agua y forman alrededor de las islas una verdadera corona que parece tejida con las más bellas rosas. Mirando desde la punta más alta de la isla ofrecen los cientos de millares de ánades de edredón un aspecto admirable.

En Noruega se recogen los edredones del nido cuando han salido los pollitos del huevo; pero en Islandia se les quita cuando la hembra se los ha arrancado; ésta no deja por eso el nido; le forra de nuevo con las plumas que le quedan y con las que tiene que prestar de las suyas el macho. La primera recolección es indudablemente la mejor, porque la pluma conserva toda su elasticidad. También les quitan los islandeses cierto número de huevos para comérselos y obligan á la pobre ánade á poner veinte y aun treinta más. A las tres semanas de incubados los huevos nacen los pollitos; inmediatamente y aunque estén todavía mojados los lleva su madre al mar, marchando delante de ellos, que la siguen muy listos, si el nido está muy próximo al agua, y para no volver á tierra hasta la época de cría del venidero año. Si el nido está distante de las olas, más al interior de la isla, el dueño de aquel terreno recoge todos los polluelos en un cestito, y seguido de la madre, que va detrás de su cría cual una ave domesticada, los lleva al mar, en el cual se zambullen como si le hubieran conocido y habitado desde mucho tiempo. Muy pronto aprenden á buscar por sí solos su alimento, porque el saber nadar, sumergirse y bajar al fondo del Océano son facultades innatas en ellos. Algunas madres se juntan con sus crías y forman pequeñas bandadas, hasta que los pollitos están ya del todo crecidos; entonces vuelven á reunirse todos con los machos, que mientras tanto se habían divertido solos, sin preocuparse en lo más mínimo de la educación de sus hijos. En los primeros días se suben los pollitos alguna vez encima de su madre, en cuya espalda encuentran el sitio á propósito para descansar algunos ratos; pero pronto no necesitan apoyo alguno y se dejan mecer día y noche por las turbulentas olas del mar glacial.

El ánade de edredón tiene por enemigos al águila de mar (*Aquila albicilla*) y al halcón de caza (*Falco Islandicus* y *Falco Gyrfalco*) y además al lapón y al esquimal. En Finlandia y Noruega severas leyes prohiben matar á tan útil ave. Los cuervos y las gaviotas grandes de rapiña roban á estos ánades algún huevo ó pollito cuando los últimos salen á tierra á tomar el sol ó limpiarse el plumaje.

Fuera de la época de cría no es fácil acercarse á esas aves recelosas y matar alguna de un tiro, porque saben muy bien conservar la conveniente distancia entre sí y la lancha del cazador. La utilidad que dejan al dueño del terreno en que anidan, si aquél sabe cuidarlas, no es pequeña. Para juntar medio kilo de edredón de primera clase se necesitan unos treinta nidos del *Eidervogel*; pero como casi todos aquellos islotes que esta ave escoge para su cría no producen absolutamente nada, y como en alguno de ellos anidan hasta mil parejas y el sustento de éstas no origina á su protector gasto alguno, es dinero regalado el que la venta de las plumas produce. De Noruega se exportan pocos edredones, porque al noruego, aunque sea el más pobre pescador, le gusta dormir bajo el abrigo de un plumón de tan apreciado animal. Los edredones que se venden en los demás mercados de Europa proceden casi en su totalidad de Islandia y del Spitzberg, islas que anualmente exportan por más de diez mil duros de esas plumas.

Los edredones del *Eidervogel* son más ligeros, finos, blandos y elásticos que los de todas las otras aves acuáticas; tres ó á lo más cuatro libras de aquéllos bastan para llenar una colcha que cubre toda la cama de una persona y la preserva perfectamente del frío, hasta del de la zona boreal. La libra de edredón de primera clase vale unas 15 pesetas.

Los esquimales hacen camisas con las pieles del ánade de edredón, á cuyo efecto arrancan al ave las plumas de encima y dejan puestas las mullidas que hay debajo, curtiendo luego las pieles, como si fueran de un mamífero.

Hasta la fecha no se ha podido conservar vivo al *Eidervogel* fuera del mar; separado del elemento vital, vive muy poco tiempo en el cautiverio, aunque se le provea del mismo alimento de que se sostiene en estado silvestre; le falta el movimiento de las olas y la libertad ilimitada que en el mar disfruta. Llegado el verano, todos los *Eidervogel* cautivos enferman, salen del estanque en que se los ha puesto, dejan el agua aunque sea traída del mismo mar, se acurrucan detrás de alguna piedra ó en un rincón de la orilla y se mueren sin exhalar un quejido, al parecer consumidos de tristeza.

Dr. Brehm

SECCIÓN AMERICANA

LA PECHOÑA

(RECUERDOS DE CHILE)

¡Cuidadito con el adjetivo! ¿No es verdad que vale un imperio en punto á expresar su significado?

Pechoña equivale á beata, rezadora, amiga de confesarse á menudo; mujer que se da *golpes de pecho;* mujer que hace de la iglesia un lugar de recreo y una sucursal de su domicilio.

Aquél es un *pechoño,* dicen en Chile; pues ya se sabe que es un hombre que se come los santos y entona el *mea culpa* cada cuatro minutos, señal inequívoca de que cada dos ó tres comete un pecado.

Y esta opinión, de la cual participo, está robustecida por la de un santo varón, eminencia católica y reverendo fraile franciscano, que me decía muchas veces: «Azotaría de buena gana á las que se me confiesan cada ocho días y siempre me traen los mismos pecados. La Iglesia es muy sabia, añadía; establece el precepto una vez al año; así, en el transcurso de doce meses, ya puede uno enmendarse de yerros pasados y hasta desgraciadamente cometer otros nuevos.»

Aquel hombre santo, que era catalán por más señas, y del cual pienso ocuparme con alguna extensión en un artículo dedicado á su memoria, se ponía furioso cuando la penitente de la semana anterior se acercaba al confesonario sin variar de pecados.

Esa es la *pechoña:* siempre confesando y siempre la misma.

La devota de que voy á ocuparme no pertenecía al género que fustigó en Chile un poeta que vale la pena de ser mentado, Martínez de Velasco.

Escribió éste una comedia titulada *Por amor y por dinero,* la cual aderezó con un salpimentado criollo que no desdeñaría Bretón de los Herreros, y retrató de mano maestra á la *pechoña* chilena, que dicho sea de paso, es una beata igual á la de cualquier otra parte; pues en ese ramo, como en todos, se cuentan felizmente honrosas excepciones.

La mujer americana es religiosa en grado sumo.

Ninguna como ella para ejercitar poéticamente sus oraciones; cuando reza se nos presenta extasiada ante la imagen de sus simpatías, y su fervor llega á tal exaltación que recurre dos ó tres veces al año á la casa de ejercicios para mortificarse con disciplinazos y abstinencias.

Y á este respecto retózame la gana de referir cómo un caballero chileno curó á su devotísima esposa de la mística afición que sentía hacia las *casas de ejercicios.*

Era él un militar, curtido en las fronteras araucanas y de cuero *bordado* en fuerza de cicatrices. Dos ó tres cuchilladas le cruzaban el rostro, y nadie al verlo diría que era el comandante C. un hombre complaciente y bondadoso cual ninguno.

Júzguese si lo era: trinaba contra los fervores monásticos de su mujer, pateando y rabiando durante los nueve días que su costilla vivía recluída, y sin embargo, no podía negarse á llevarla del brazo hasta la puerta del convento, cuando ella, que era una mujer tímida y *pechoña* sin pizca de hipocresía, le suplicaba que la acompañase.

Recurría el *fiero* comandante á todos los expedientes de persuasión, sin lograr que su mujer cediese en lo más mínimo, y él, que había sido hasta temerario batiéndose con los salvajes araucanos, no tenía valor para imponerse á los fanatismos de su compañera.

Salió con su mujercita una mañana, bastante disgustado por el novenario de viudez que le imponía la estrecha regla de los ejercicios, á cuya casa se dirigían.

Una de las prácticas *cilícicas* más usuales entre las penitentes consistía en los azotes que, sin piedad de sus carnes, se propinaban; pero esto no sabía el comandante, porque ya ponía su media naranja buen cuidado en ocultarle esas demasías religiosas.

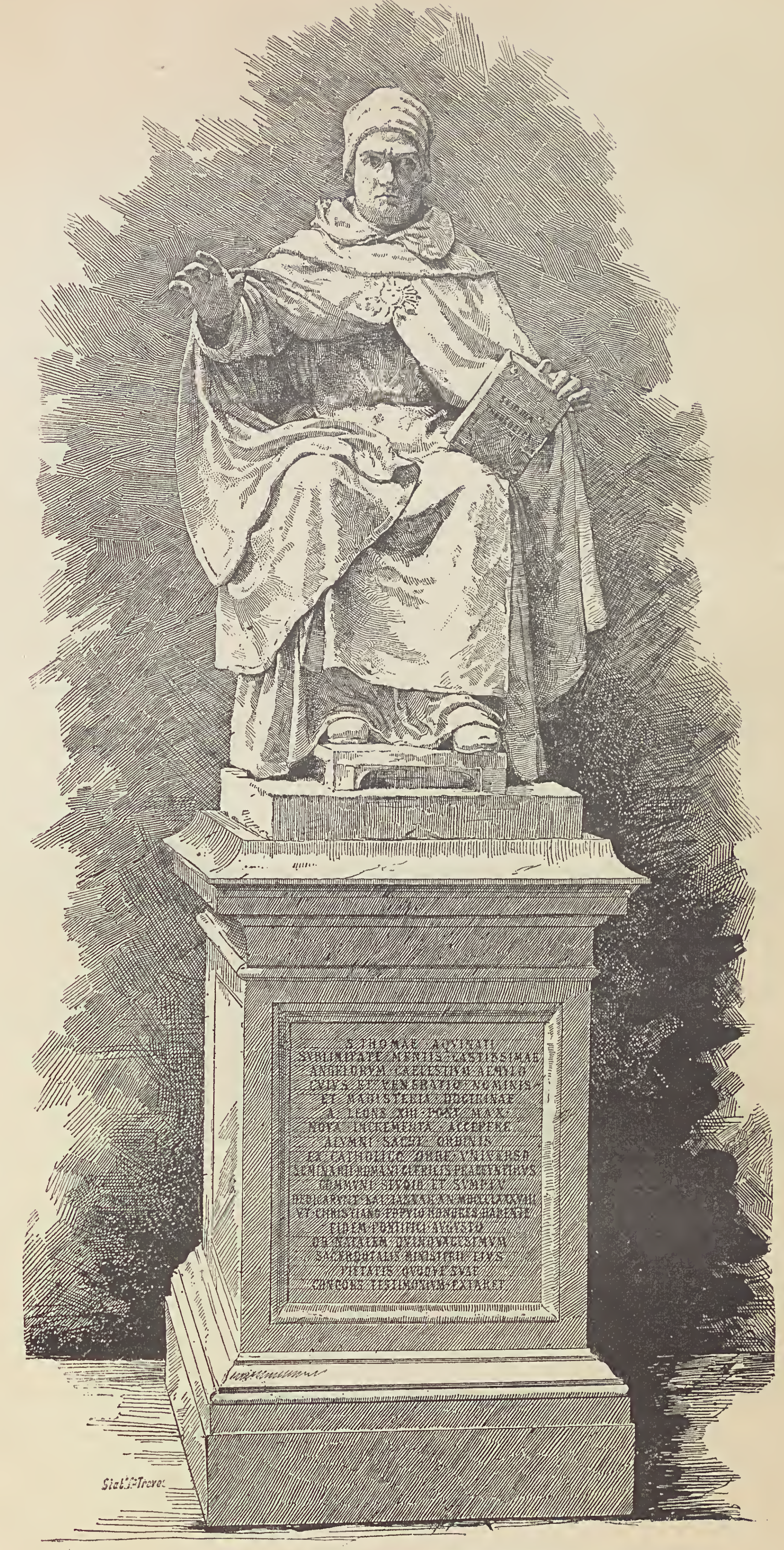
Llegaron á la puerta del convento, y cuando se preparaban para decirse adiós hasta la semana siguiente, se les acercó un *roto* socarrón y malicioso, como lo son todos, diciendo al oído de la señora con mucho misterio:

– ¿Necesita V. un azota-*potos?* (posaderas que diría Sancho).

La señora dió un grito, y toda ruborosa apretó el brazo de su marido, refugiando su rostro entre los pliegues del manto.

Iba el comandante á castigar al insolente sin haberse dado cuenta de lo que ocurrido hubiera; pero el *roto* dió un paso atrás, y sacando de debajo del *poncho* unos cuantos látigos de correa, semejantes á los zorros que nosotros usamos para sacudir el polvo, dijo:

– Si es que los vendo *eñor*, si es que los vendo.



SANTO TOMÁS DE AQUINO, estatua de César Aurelli, para cuyo examen salió por vez primera del Vaticano S. S. León XIII

– ¿Pero qué es lo que vendes?

– Azota-*potos, eñor*, y como vi que iba á *dientrá* la *eñorita*, quería que me *mercase* si es que no tiene.

– ¡Vámonos! ¡Vámonos!, decía la devota avergonzada del espectáculo.

¡Jesús, Jesús! ¡Hablarle de aquello! ¡Un hombre tratando en medio de la calle y con tal descaro un asunto tan íntimo, tan santo y el cual ni á su propio marido había querido jamás comunicar!...

Esto era horrible para una criatura que, á pesar de no ser niña, tenía todas las místicas pudibundeces de la esposa de Cristo.

– ¡Vámonos á casa!, repetía.

– No; aguárdate, respondía el comandante, déjame darle un peso á este *roto* y comprarle un látigo para *ejercitarlo* en ti cuando pretendas volver.

¡Santo remedio! El ridículo fué arma de más poder persuasivo que las razones, y jamás pretendió encerrarse de nuevo la buena *pechoña*.

Pero si no se ha encerrado ésta, enciérranse otras muy frecuentemente y no hay poder en el hogar que impida, á las que tal costumbre de clausura tienen, que dejen de practicarla.

También es verdad que muchísimas harían otro

tanto en España si hubiese análogos establecimientos de reclusión. No me meto en aplaudir ni en censurar el procedimiento; narro fielmente las costumbres y relato hechos que á su gusto comentarán los lectores.

No faltará quien suponga que siendo por regla general tan *pechoñas* las mujeres de Chile, han de igualarlas los hombres, por aquello de que la mujer hace al marido; mucho más en América, en donde el sexo femenino goza, gracias á la galantería de los hombres (y Dios se la conserve *per vitam æternam)* de preeminencias y dominios que para nosotras quisiéramos las españolas.

Pues no, señor. El chileno deja que su mujer rece hasta que se le seca la boca; ni le manda ni le prohibe pasarse las horas muertas desgastando las rótulas en las baldosas del templo; pero surge una cuestión entre la Iglesia y el Estado y la resuelve en favor del último, cuando con razón ó sin ella se le pone en el sombrero que se pretende rebajar con imposiciones la dignidad de la patria.

Admirable es el puntillo patriótico de las repúblicas americanas; pero ninguna como Chile, fuerza es decirlo, se ha impuesto hasta el presente con más energía á las dominaciones extrañas, siquiera fuesen éstas de orden moral, como la del sucesor de San Pedro.

También es verdad que ningún territorio americano ha dado á la patria mayor contingente de hombres eminentes en la época de su independencia: puede decirse sin temor á ponderaciones, que tenía Chile entonces ciudadanos de tal temple, que fueron timbre glorioso para España, como hijos que eran de los conquistadores, y serán siempre en la historia orgullo legítimo de la raza latina.

A raíz de la independencia chilena surgió el primer choque con el Vaticano.

Pío VII quiso poner cortapisas al patronato, y los mismos varones católico-apostólico-romanos que demostraron afanes por establecer el concordato de la república naciente, plantaron al primer nuncio Monseñor Muzzi á la *puerta de la calle* después de haberlo recibido casi como al Rey de los judíos en Jerusalén.

Y aunque sea de paso, diré que en aquella primera embajada iba como auditor el que después se llamó Pío IX.

Otros intentos de concordato hubo después, sin que de intentos pasasen hasta el presente, que parece que va de veras; y esta interdicción en país que repito es eminentemente católico, revela el dualismo que en aquella sociedad existe, amén de otra cosa: que es el chileno el americano que menos se deja influir por la mujer en lo concerniente á los negocios de Estado.

Las mujeres en América sienten las pasiones políticas con más intensidad que los hombres; y se comprende: allá por regla general se discuten personas y no principios, pues que éstos consignados están en la Constitución y basta con interpretarla al pie de la letra. Pero en Chile no he oído hablar á las mujeres de política más que cuando se trataba de candidatos simpáticos á los curas; éstos eran los preferidos por el bello sexo.

No se crea por esto que va la chilena á la zaga de otras mujeres en ilustración y energías viriles; por el contrario, matronas tuvo Chile durante el período de insurgente lucha, que han levantado los timbres gloriosos de nuestro sexo; y una dama tan linajuda como hermosa, la célebre doña Francisca Javiera Carrera, rama importantísima de aquella dinastía de ilustres mártires que no pueden recordarse sin que asome el llanto á las pupilas, fué grande en todos los momentos de su vida, así en el fausto como en la miseria, tanto en los fugaces momentos de dicha como en los interminables días de amargo desconsuelo. Pues bien: no fué sola, y otras mujeres siguieron su ejemplo dando muestras de ser dignas descendientes de madrileñas y zaragozanas. Esto en cuanto á valor cívico. Respecto á los progresos que la *patria nueva* conquistó para sus mujeres, bastaráme consignar una cosa: el año 1876 ya estaban los telégrafos de Chile servidos por mujeres, adelanto que en aquella época no contaba nación alguna de raza latina.

Hay que tener en cuenta que el año 1813 había en Chile cuatro malas escuelas para un territorio de más de dos mil kilómetros de extensión, con una anchura que se aproxima á los doscientos cincuenta. Pedro de Valdivia llamó á la parte de América conquistada por él «la foja de una espada por lo larga y estrecha.»

Pues bien: ese mismo año 1813, cinco antes de que se hubiese sellado la nacionalidad independiente de los chilenos, ya se ocupaban los prohombres de la patria en introducir el adelanto en aquella nación estancada por la restricción intelectual en que había vivido.

Así los chilenos antes de ratificar sus victorias sobre el pasado con la del 5 de abril de 1818, en las orillas del Maipo, último baluarte español en la tierra cantada por Ercilla, buscaban en el extranjero artesanos, fabricantes, instrumentos de ciencias y de artes, químicos, mineralogistas y cuantos libros fuesen precisos para difundir luces allí donde habían sido contrabando aduanero hasta los silabarios; y conste que no exagero.

He ahí los hombres y he ahí las cosas: adelantos morales é intelectuales que no impedían á un célebre jesuíta tener en la iglesia de la Compañía un buzón en el cual las sencillas santiaguinas depositaban cartas de consulta y súplicas á la Virgen María, y católicos fervorosos que desconocían el poder papal cuando creían que el Papa les imponía condiciones por las cuales llegase á mermar la soberanía del Estado.

Ese era Chile y ese debe seguir siendo. Chilenos antes que católicos en sus relaciones políticas, pero católicos antes que todo de la puerta del hogar para dentro.

Como no me he propuesto otra cosa que relatar, reservo mi opinión respecto á este dualismo... (casi se me escapa un adjetivo); pero la tengo, ¡ya lo creo que la tengo!, aunque me la deje en el tintero por causas que no son pertinentes.

Para poner las cosas en su lugar, hacíase indispensable esbozar la historia: así se comprenderá mejor el tipo de la *pechoña* dentro de un pueblo que ha tomado la delantera á los de su común origen en cuanto á descentralización religiosa.

Todos los países y todas las religiones tienen fanáticos: el tipo de la beata nos es muy conocido; pero sea por diferencias de clima y de imaginación como es consiguiente, sea por el gráfico nombre que me parece más propio que el de beata, es lo cierto que á la *pechoña* chilena la he encontrado diferencias que me la han hecho excepcional. El tipo cuyo retrato sirve para el presente artículo me fué descrito por un inglés de cuya veracidad no hay para qué dudar.

Me habló Mr. Peenter de la que había sido su amada con el acento conmovido y la voz alterada por los recuerdos. Mr. Peenter era protestante y pretendía echar la carga de sus amarguras sobre las ceremonias del culto católico.

Viajábamos juntos en el vapor «Lontué» desde Valparaíso á Mollendo. Era un inglés achilenado, hablaba bien el castellano y desde luego se podía juzgar que lo conocía mejor que lo pronunciaba.

Nos amistamos pronto (¡quién no se amista en viaje con un inglés comunicativo!). Había hecho algo más que saludar la literatura española, y hablaba, con gran conocimiento, de Cervantes, Quevedo, Hurtado de Mendoza, Espronceda, Zorrilla, Fernández y González, Campoamor, Pérez Escrich y María del Pilar Sinués.

Júzguese por tan pintoresco mosaico de los puntos críticos que calzaría Mr. Peenter. Nada más tentado á la risa que oirle emitir opinión sobre la literatura española, circunstrita por él á los nombres citados.

A pesar de hacerme rabiar con algunas de sus aficiones literarias, era el buen inglés un excelente compañero de toldilla y me halagaba que solicitase mi conversación, no por mi persona, para que le hablase de España.

A los tres días de habernos domiciliado en el «Lontué» discutíamos en grande.

Había ido á Chile á la edad de quince años y era uno de esos caracteres que se asimilan inmediatamente al terreno que pisan, por lo que resultaba más *chilote* que *gringo*.

Para la gente del pueblo son gringos en Chile todos los de raza teutona, sajona, moscovita y sus similares, así como los de raza latina *gabachos*, excepción hecha de los españoles, que somos *góos* (godos) por honrosa galantería y para distinguirnos de los otros.

Sin saber cómo ni por qué, llegamos un día á poner el dedo en la llaga enconada que Mr. Peenter tenía en el alma. ¿Pero yo qué sabía? ¿Quién me lo había dicho?

Como anduviese ya pisando los talones á los cuarenta, le pregunté por qué no se casaba.

– Soy viudo, me dijo.

Sorprendíme en verdad del tono con que pronunció estas palabras, y supuse que era un viudo al cual vivía la compañera, pero no quise meterme en honduras.

El inglés no era lerdo:

– Ha puesto V. cara de incredulidad, me dijo.

– ¿De incredulidad? No, señor.

– Pero confiese que le queda un escozorcillo de duda.

– Pues sí, señor, lo confieso.

– Y sin embargo, he dicho la verdad: soy viudo.

– ¿Por qué lo dice V. en ese tono? En su acento no advierto pena, tampoco alegría; pero el semblante acusa un pesar de indefinible carácter.

– Y tan indefinible.

– ¿Amaba V. á su esposa?

– Con delirio.

– Habrá V. sufrido mucho entonces.

– ¿Sufrido?... No... Sí; he sufrido porque hubiera querido hablarla después de muerta.

– ¡Jesús! ¿Para qué?

– Para decirle que me alegraba de su muerte.

– Es V. un hombre muy raro, Mr. Peenter.

– Muy raro, no, señora; muy corriente.

– ¿Quiere V. explicarme el enigma que sus palabras encierran?

– Sí, señora. Vine á Chile como dependiente de un hermano de mi madre, que poseía respetable caudal, extraído de las minas de *Caracoles*, cuando era joven y pobre.

Colmadas sus aspiraciones vínose á Santiago, y gracias á su noble figura y á su apetecible fortuna logró la mano de hermosa y aristocrática mujer de ilustre prosapia, tan llena de preocupaciones religiosas como apegada á los hábitos de Calatrava, Santiago, etc., que habían lucido sus antepasados.

Mi tío estaba ciegamente enamorado, y cuando se vió dueño de la mujer amada y rodeado de la etiqueta clerical que imperaba en el palacio de sus suegros, olvidó el obscuro minero su origen plebeyo y hasta la religión que había sido fielmente observada por sus padres.

Se hizo católico, pero católico tan intransigente como su esposa.

Tuvo una hija; yo la llevaba dos años, y cuando al entrar en su casa me la presentaron, sentí el primer consuelo que podía mitigar la pena del adiós materno.

Yo vivía en casa de mis tíos, y por consiguiente al lado de *Lolo* (Lola).

Ella fué mi maestra de castellano, y tan aprovechado discípulo hice, que á los quince días de hablarnos en este bello idioma, hubiera podido conjugar el verbo *amar* de corrido.

Pero mi prima tenía trece años y era rica; yo contaba quince y era pobre.

Nos fuimos queriendo poco á poco; no le faltaron pretendientes muy luego; no aceptó ninguno; parecía como que todo el mundo en aquella casa hubiera tácitamente acordado que fuésemos el uno para el otro.

Un obstáculo grande nos separaba, sin embargo: yo no tenía el carácter flexible de mi tío, y ni los sermones de la madre ni los halagos de la hija hacían mella en la religión de mis mayores.

El culto de la honrada mujer que me dió la vida no podía yo trocarlo por otro alguno.

Mis padres no habían necesitado cambiar de creencias para ser espejo de virtudes, y si yo lo hubiera hecho me conceptuaría indigno de llamarme heredero de sus bondades.

Lolo me amaba, así lo creía yo al menos, y sufría y lloraba por mi terquedad, tanto como yo sufría convencido de que la iglesia ocupaba en su corazón un lugar preferido al que reservaba para el esposo que con su beneplácito le destinaban.

Pasó de la niñez á la juventud, amándome y rezando para que Dios hiciese el milagro de *convertirme*, ya que sus incesantes súplicas (que para mí eran órdenes en todo menos en eso) no lograban lo que ella y su madre se habían propuesto.

Yo, que amo mi religión, respeto la de otros, pero á cambio de absoluta libertad.

Mi tío era en el hogar un cero á la izquierda; el pobre hombre no se atrevía á darme consejos. ¡Quizás le remordía la conciencia por su conducta pasada!

Presentábanse grandes dificultades para nuestro matrimonio; Lolo confesó al fin que me adoraba, y que de no ser mi esposa lo sería de Cristo; pero quería tranquilizar su conciencia. ¡La conciencia de un ángel, señora! ¿Comprende V. semejante aberración?

Convencido yo de que las ideas místicas con que mi tía había saturado la existencia de aquella planta de estufa, eran causa primordial de nuestra desgracia, y previendo que la muerte por consunción sería el resultado final para Lolo si persistía en ser monja, me decidí á visitar á un hombre que en la casa ejercía decisiva influencia. Excuso decir que era un sacerdote.

Felizmente para mis pretensiones, se trataba de un hombre de más corazón que cabeza, y después de ocho sesiones, en las cuales debí llevar la mejor parte, puesto que logré convencerlo, acordamos, cediendo cada uno un poco, la forma en que debía celebrarse nuestro matrimonio; aceptada por él, seguro estaba yo que tenía la rúbrica de Lolo y de su madre.

Nos casamos; mi dicha estaba lograda: Lolo era



VISTA DEL ZOCO DE FUERA, TÁNGER. (De una fotografía instantánea.)

tan feliz como yo; así me lo decía, pero desde el propio instante que unimos nuestros destinos y nuestros amores, comenzó la batalla que tenían hija y madre planeada para catequizarme.

Me apercibí pronto de los planes estratégicos y me aresté á la defensa con las armas de la razón, de la conciencia pura, de mi amor de esposo y de mi honra de ciudadano.

Tuvimos un hijo y se le hizo católico; así lo habíamos convenido el sacerdote amigo de la familia y yo en nuestras mutuas capitulaciones.

Deseaba que mi esposa amamantase al ídolo que aguardábamos, y no pude conseguirlo á pesar de tener ella las mejores disposiciones.

¿Y sabe V. por qué? Porque los deberes de la maternidad hubieran sido obstáculo á llenar las exageradísimas prácticas religiosas que se había impuesto, siguiendo en un todo las costumbres de su madre. Mi esposa no sabía bailar ni jamás había pisado un teatro, y fuéme imposible convencerla de que no eran éstos contrarios á las concesiones sociales que hace la Iglesia.

Ella me abandonaba para ir al templo; yo puedo jurar á V. que jamás la dejé sola para asistir á diversión alguna.

Se buscó un ama que criase á nuestro hijo, y Lolo, quizá porque le argüía su amor de madre, ó porque deseaba complacerme, compartió con ella los deberes de la maternidad: así se conciliaba todo.

Era el mes de mayo, y por nada del mundo hubiera perdido mi esposa las célebres fiestas del Mes de María, organizadas por el padre jesuíta Ugarte (1).

Dos años llevábamos de matrimonio, y cuatro veces fué mi esposa en este corto tiempo á la casa de ejercicios. Ya he dicho á V. que Lolo era un ángel; su alma purísima no podía estar empañada con la sombra de una mancha; sin embargo, su preocupación consistía en martirizar la carne y elevar el espíritu hasta perder la conciencia de su ser humano.

Quise oponerme á su ingreso en la casa de reclusión, pero no pude: ó ceder ó separarnos; el dilema estaba planteado.

Mi esposa rezaba más de casada que de soltera, porque rezaba por ella y por mí.

También se tenía como gran pecadora y se reprochaba su poco celo por no poder hacer de mí un católico ferviente, cosa que fiaba á la Divina Providencia y á todos los santos, á los cuales hacía novenas y regalos para tenerlos propicios y que me recomendasen á Dios.

No quiero decir á V. que gastaba más en funciones de desagravios por mis supuestas herejías, que en sostener la casa, á pesar de estar montada según á nuestra posición convenía.

En perpetua lucha religiosa llegó el 8 de diciembre de 1863.

Al oir esta lúgubre fecha adiviné el desenlace de la historia que Mr. Peenter me estaba contando, y comprendí las enigmáticas palabras con que la había comenzado.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo eléctricamente, y eso que no presentí la catástrofe en todo su horror.

– ¿Ya sabe V. lo que aconteció en esa fecha maldita?, me dijo con voz ronca y dando á su semblante siniestra expresión.

– Sí señor, sí, lo sé; no siga V., no se martirice con ese recuerdo, porque preveo el fin de la desgraciada Lolo.

– ¿De Lolo? ¡Oh! ¡Si hubiera sido ella sola!

– ¿Pues qué?, pregunté alterada y temblando á la respuesta.

– ¡Mi hijo! ¡También mi hijo!, un inocente de nueve meses.

– ¡Jesús!

Me cubrí la cara con las manos; estaba aterrada y el corazón me latía violentamente, impresionado por el acento con que el simpático hijo de Albión había pronunciado las últimas palabras.

Aquel día no le consentí hablar más del asunto, y procuré distraerlo cuando yo me encontré con fuerzas para sobreponerme á la impresión; pero sentía deseos vivísimos de saber cómo Lolo había llevado su hijito al sagrado recinto que debía convertirse en horno infernal para más de dos mil mujeres católicas.

Al siguiente día recayó la conversación sobre lo mismo; yo no quería reprocharme una iniciativa que recrudeciese la herida; pero creo que á pesar de mis propósitos pudo más la inconsciencia, impelida por la imaginación, fija en aquel espantoso drama.

– Se celebraba en Santiago la fiesta de la Purísima, continuó Mr. Peenter, con el brillo y esplendor que á sus funciones daban los padres de la Compañía de Jesús.

El día anterior habíase marchado el ama de mi hijo, y no tenía Lolo quien le ayudase en las funciones de nodriza.

Estaba preocupadísima: quería asistir al anunciado sermón de un predicador adorado por las *pechoñas* santiaguinas, y no quería dejar sin alimento á su hijo.

Tuvimos un fuerte altercado: yo abogaba porque se quedase cumpliendo con sus deberes de madre, y ella insistía en que no podía perder el sermón.

Llegó á proponerme que llevaría el niño con una criada. «Si haces tal cosa, le dije, renuncia á mi amor para siempre; mañana mismo me embarco para Inglaterra. Meter esa criatura en tal aglomeración de personas y condenarlo á respirar una atmósfera como la que allí debe respirarse, equivale á matarlo; terminantemente lo prohibo.»

Salí de casa, porque tenía que hacer, convencido de que Lolo no arrostraría las consecuencias con que la desafié seriamente y por vez primera. Acaso por esto mismo creyó fácil convencerme, una vez que regresase del sermón.

Apenas había yo marchado cuando mi mujer se encaminó á casa de su madre con el niño y una criada; mi tía estaba indispuesta, y con harto dolor de su alma no podía ir á la iglesia.

No hizo nada por disuadir á su hija aconsejándola que obedeciese mis súplicas, convertidas aquel día en enérgico mandato.

Por el contrario, se santiguó sorprendida de mi atrevimiento, y fulminó anticristianos anatemas contra el herejote *gringo*.

La noticia del incendio que con la rapidez de una desvastadora centella corrió por Santiago, llegó á mis oídos cuando acababa de saber que había ganado cincuenta mil pesos en un negocio; yo no dudaba que mi esposa había obedecido mis órdenes, pero sentí horrible malestar.

(1) Este jesuíta gastaba diariamente en el Mes de María, según asegura el eminente Vicuña Mackenna, 500 pesos, y durante tres ó cuatro horas ardían en la iglesia de la Compañía más de tres mil luces.


Matrimonio retirado de los negocios

Quedé un instante perplejo: el corazón me empujaba hacia el sitio fatal y la cabeza quería llevarme á casa, calculando friamente que allí encontraría á los pedazos de mi corazón.

Puedo servir de algo, me dije. Voy hacia la *Compañía*

Y fuí volando más que corriendo.

El espectáculo era terrible.

Cuando llegué derribaban á hachazos las puertas del templo. Habían sido éstas cerradas por orden del jesuíta doctor Yugart, y como se abrían hacia dentro se hizo imposible la salida de tantas infelices devotas.

En los alrededores de la iglesia no se oían más que gritos desgarradores: padres llamando á sus hijas, esposos á sus esposas, hijos á sus madres.

¡Aquellos horrores no pueden ser descritos! No hay frases, no hay plumas que lo copien con su aterradora verdad.

Una voz conocida resonó en mi corazón como la última hora de la vida debe sonar en los oídos del condenado á muerte.

Era mi tía, que con desgarradores gritos llamaba á su hija.

Lo comprendí todo: Lolo estaba dentro, pero ¿y mi hijo? ¡mi hijo del alma!, le pregunté desesperado.

«¡Con ella!,» me dijo.

¡Con ella! Sí, señora; ambos perecieron en aquel incendio, cuyas llamas abrasan mi corazón eternamente.

Jamás he vuelto á cruzar mi palabra con la de mis suegros.

Diez años estuve fuera de Chile, y á mi regreso supe que la dote de Lolo ha sido donada por su madre á los hijos de Loyola para la reedificación del soberbio edificio que será de la nueva *Compañía*.

– ¿Pero no ha encontrado V. otra mujer que endulce el recuerdo de sus amarguras?, le pregunté.

– He amado á otra, á otra que no creí fanática porque la conocí en el teatro, la vi en el paseo y la encontré también en bailes y reuniones.

Nos hablamos; me gustó; le pregunté si quería ser mi esposa, y me contestó que la pidiese á su padre. Este era un cumplido caballero; me conocía y no me la negó; por el contrario, creo que hubiera tenido íntima satisfacción llamándome su yerno.

Se convenció de que yo amaba á su hija y me dijo:

– Hágala V. feliz, porque es muy buena; merece su amor; pero á fuer de hombre honrado debo poner á V. al corriente de cuanto al carácter de mi hija concierne. Tiene excelentes condiciones, únicamente peca de ser un tantico *pechoña*.

No quise oir más; salí de aquella casa y salgo de Chile por algún tiempo; deseo olvidarla y que me olvide si es cierto que me ama.

– Quizás ésta no hubiera sido tan...

– Por si acaso. No rechazo á las mujeres católicas, pero no me hable V. de *pechoñas*.

EVA CA. EL

LOS COPISTAS EN EL MUSEO DEL LOUVRE

ARTÍCULO CON ILUSTRACIONES DE RENOUARD

El difunto M. Borniche cuyo recuerdo vivirá eternamente en el corazón de los pintores, nos ofrece el más curioso ejemplo de los coleccionistas que en estos últimos años cifraban todo su afán en acaparar obras artísticas. El bueno de M. Borniche dejó al morir la friolera de 35.000 lienzos modernos, unos con otros sin marco, de modo que su casa de la calle de San Honorato estaba completamente llena, desde el sótano al granero, de cuadros de todos los géneros y estilos: la mitología, la historia, el retrato, el paisaje, la marina, la pintura anecdótica ó militar se escalonaban en formidables montones y confusa amalgama, muy á propósito para reconciliar á todas las escuelas. En aquel *pandemonium* el impresionista se codeaba con el discípulo de Bouguereau. Mas esto no era nada, en comparación de las riquezas que el excelente M. Borniche hubiera poseído á no mediar los acontecimientos de 1870. Dícese, aunque no sabemos si es verdad, que en aquella época funesta la *galería* quedó en cierto modo desmantelada á consecuencia de las brechas practicadas por necesidad patriótica; si hemos de dar crédito á personas bien informadas, ó que pretenden estarlo, el gobierno de la defensa nacional hizo un considerable acopio de lienzos de M. Borniche, para convertirlos, después de ligeras modificaciones, en capotes para los individuos de la guardia nacional movilizada.

Con frecuencia se han preguntado muchos cómo nuestro aficionado pudo reunir colección semejante sin llamar la atención; y es cosa probada que tan sólo la muerte nos ha revelado su secreto. La mayor galería del mundo permanecía ignorada en el centro de la ciudad de la luz; nada decían de ella el Bœdecker ni el Johanne. Ha sido necesario el anuncio de la venta en pública subasta de ese cúmulo de pinturas para que llegásemos á conocer su existencia. El hecho es que M. Borniche practicaba sus operaciones con un misterio que era difícil penetrar; no enseñaba nunca sus obras ni vendía ninguna. No obstante, había circulado por los talleres el rumor de que en alguna parte de París existía un sitio en donde era dado trocar una pintura por cierta cantidad de metálico; pero los iniciados se guardaban bien de decir en dónde estaba este sitio. Todos los artistas de París, sin embargo, han pasado por allí, desde el discípulo de la escuela hasta el laureado de Roma que regresa de la *villa* Médicis; desde el fantoche del *luminismo* hasta el discreto amante de los colores, funcionario ó dependiente de comercio, que pinta por la noche á la luz de una bujía, y se empeña en copiar la naturaleza durante sus horas de ocio. Pero es el caso que allí se entraba con mucho sigilo por una puertecilla baja, la cual se abría solamente para los iniciados. El santo y seña era: «Pintura y misterio.» Desempaquetado el lienzo, M. Borniche tomaba su metro y en un abrir y cerrar de ojos quedaba cerrado el trato. El buen hombre no se las echaba de crítico ni mucho menos; el negocio se arreglaba ni más ni menos que si de pasteles se tratara; tomadas las medidas del lienzo, el coleccionista no tenía más que consultar el precio corriente por unidad cuadrada.

Ya se comprenderá que los pintores no se vanagloriaban de tener entrada en aquella casa hospitalaria.., iba á decir hospicio, y por lo mismo, cuidábanse también de no pronunciar el nombre del coleccionista. ¡Cuántos lienzos almacenados en los *docks* de M. Borniche pasaron como adquiridos por el museo de Chicago!

Sin embargo, la prodigiosa afición de M. Borniche no podía satisfacerse solamente con la producción original contemporánea, y por eso las copias obtenían en su casa la mejor acogida. Como el aficionado á libros y estampas que recorre perezosamente á lo largo de los muelles los puestos de los vendedores, registrando con mano febril todos los estantes de los libreros de viejo, el maestro Borniche vagaba alrededor de los caballetes de las salas del Louvre, fijando en todas las obras de arte su mirada ansiosa, y más de una vez tuvo allí oportunidad de saciar á poco coste su fatal pasión por la pintura.

Nadie mejor que él conoció la falange original de los artistas aficionados, que por gusto ó por necesidad ejecutan diariamente las variaciones más inesperadas alrededor de las obras maestras del museo. Y cuando digo obras maestras, esto no es más que una manera de hablar, pues apenas se copia más que de una serie de cuadros, siempre los mismos, clasificados


Tela blanca

como propios para ese trabajo, y algunos de los cuales no merecen la alta consideración en que se les tiene. ¡Cuántos *Cántaros rotos*, de Greuze; *Asunciones*, de Murillo; *Madonas*, de Andrea del Sarto, y escenas antiguas de Pousin estaban amontonados en los sótanos de M. Borniche! No he ido á verlo, pero se puede apostar á que la colección abundaba en Giocondas y en vírgenes de Rafael, pues de este artículo hay gran acopio en el mercado.

No hablo aquí de las copias formales, ejecutadas por vía de estudio por jóvenes alumnos de la escuela y hasta por pintores de renombre; entre esas copias, obras de artistas de gran valía, tales como Fantin-Latour y Degas, algunas casi llegan á igualar á los lienzos originales, y hasta conozco varias superiores á los modelos, aunque esto parezca paradógico. Inútil me parece decir que esas copias no se compran por cuatro ó cinco duros, y hasta se da el caso de que se hagan por encargo del Estado, el cual no vacila en pagar por alguna de ellas mil doscientas y hasta mil quinientas pesetas.

Ninguno de los copistas de ambos sexos, trazados por el chispeante lápiz de M. Renouard, que reproducimos aquí, nos parece destinado á obtener semejantes sumas del presupuesto nacional. Los más de esos aficionados son buena gente que trabaja por amor al arte; pues á decir verdad, esa pasión por la pintura es una de las que con más fuerza arraigan en el corazón del hombre, y con la que sólo puede compararse, á mi entender, la de la pesca con con caña. Si el Louvre hubiera estado abierto durante el sitio, es indudable que los obuses prusianos no habrían podido desalojar de allí á los copistas, como el fuego de fusilería de la *Commune* no logró perturbar á los pescadores de caña escalonados á lo largo de las orillas del Sena.

En el primero de nuestros dibujos, M. Renouard ha querido representar un *matrimonio retirado de los negocios*. En plena fiebre de su trabajo, se han sentado de espalda, como es costumbre, según parece, en los matrimonios que datan de larga fecha; el marido copia un Terburg: no le habléis de la pintura descuidada, pues en materias de arte no conoce más que las obras acabadas; meticuloso en su vida íntima, también lo es en sus tentativas pictóricas Por lo demás, reconozco que ha elegido un buen modelo. La esposa, más inclinada á la meditación, ha elegido un retrato de van Dyck; ese gallardo joven, de bigote sedoso y retorcido, ¿será tal vez una imagen acariciada en sus ensueños de doncella y quizás también de mujer?... Pero pasemos adelante, no sea que el marido nos oiga.



Es luminoso porque hay vigor, y hay vigor porque es luminoso

Ved después esa *tela blanca*, virgen aún de toda mancha, y que muy pronto sufrirá los asaltos estéticos de ese atlético mozo, que colocado delante de ella parece querer desafiarla. El *maestro* fija en su modelo invisible una mirada ya triunfante, y es porque conoce todos los secretos Rembrandt, y domina los tonos brillantes y difundidos en la magia del claro obscuro. El alma de Ryn se posará en ese blanco lienzo, animándole de un soplo divino; y la imagen creada por su genio se reflejará allí como en un espejo. Al propio tiempo que el cuadro podremos admirar el modo de vestir puramente convencional, que consideraciones de tiempo le han ido imponiendo; pues hay que tener en cuenta que en donde mejor se revela el encargado de manchar esa *tela blanca* es en la copia de cuadros antiguos.


Arqueología

«Es luminoso porque hay vigor, y hay vigor porque es luminoso,» exclama modestamente más lejos un venerable pintor de carnes, contemplando la *Antiope* que sus pinceles acaban de producir en colaboración con el Corregio. Su amigo, veterano como él en esas lides, aprueba con un movimiento de cabeza aquella teoría tan gastada. Estos señores os dirán, no sin cierto orgullo, que ellos no trabajan sino en los coloristas. Como á los bienaventurados, mucho les será perdonado, aunque hayan rendido demasiado culto al *Enterramiento* del Ticiano

Un pequeño rodeo nos conduce á las salas de escultura, ante una de esas obras maestras del arte griego arcaico, que un rótulo define en estos términos: «DIVINIDAD DESCONOCIDA, estatua ática de fines de la segunda mitad del siglo VI; faltan la cabeza, el brazo izquierdo y una parte del pecho; el de la derecha y los pies parecen ser de la época romana.» Aquí tocamos en los dominios de la arqueología superflua. La joven que se ve tomando notas delante de la *Divinidad desconocida*, no es otra que la antigua ama de gobierno del doctor Schliemann. Apasionada del arte, como aquel honrado negociante, acompañóle y secundóle en todas sus investigaciones; ha visto desembalar el tesoro de Agamenón, descubierto en las ruinas de Hissarlik, y sus manos fueron las primeras que tocaron el cofre de Príamo, donde estaban los artílos de tocador que habían pertenecido á la hermosa Elena.

No es manco, que digamos, el excelente artista que M. Renouard nos representa copiando *Los funerales de Atala*, de Girodet-Trioson.

«¡Pintor, poeta, corista de la Opera y empresario de los gabinetes del pasaje Choiseul!»

He aquí un hombre bien preparado, se dirá, para la lucha por la existencia;



Pintor, poeta, corista de la Opera...



EN AMOROSA CONTEMPLACIÓN, cuadro de Marco Stone

ni el mismo Fígaro tenía tantas cuerdas en su arco, y no obstante, la vida no ha sido de color de rosa para ese sér, adornado de tantas y tan diversas cualidades. Le he conocido mucho: *Los funerales de Atala* no se vendían tanto como él quería; en la Opera la paga no era gran cosa, pero hay allí derecho á un retiro; y de la poesía ¿quién se mantiene? Dos ó tres que ya no existen: Víctor Hugo, Lamartine y Musset. Además, sea dicho acá para *inter nos*, los versos de nuestro amigo sólo servían para cierta clase de gabinetes; por fortuna es empresario de los del pasaje Choiseul, y esto le ha salvado. «Los gabinetes, decía con ese aire melancólico que nunca abandonaba y que tan bien ha sabido reproducir M. Renouard, los gabinetes dan con qué poner el puchero.»

En ese mundo de los copistas no se ha de contar mucho con la caridad del vecino, pues unos á otros se hacen la guerra, y no hay broncas que no se permitan cuando el guardián vuelve la espalda. Muchos hay que son los primeros en reirse de su propio trabajo, y no falta quien por pura diversión se entretiene en cambiar todos los colores del cuadro que reproduce, de lo cual resulta á veces un efecto de los más singulares. Para obtener buen resultado en este entretenimiento, necesítase cierta habilidad, y hay ejemplos de cambios de éstos, hechos con deliberado propósito, que valen tanto como el original

No comunicaré nada nuevo al decir que el desinterés clásico de los pintores pasó ya al estado de pura ficción en este *fin de siglo*, lo cual producirá más dinero para el arte.

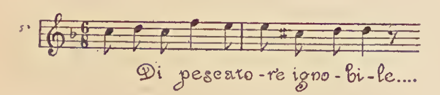
Todos los copistas tienen sus manías, pero no debemos decírselo, pues lo que nosotros calificamos de tales, considéranlo ellos como una cualidad preciosa de su arte, como la quinta esencia de los frutos de su práctica personal. Defienden con celoso cuidado el secreto de recetas mirificas de que se creen únicos depositarios; cada cual tiene su paleta, y á ninguno de ellos le agrada que nadie ande á su alrededor cuando hacen sus preparativos para ponerse á trabajar, y hasta la manera de colocarse tiene para esas almas cándidas virtudes particulares. Aficionado de esos hay que emprende una peregrinación á Madrid para estudiar á Velázquez, que como gran maestro que es, no se hace rogar para proporcionarle buenos modelos. A nuestro hombre se le ocurre entonces que para copiar al gran pintor es preciso sentarse de lado en su banqueta, de manera que pueda balancearse de izquierda á derecha y de delante á atrás, y coger el pincel como si fuese el mango de un látigo. ¡Pobre iluso! Si poseyera la seguridad magistral en el dibujo, ese sentimiento de la armonía de los colores que permite pintarlo todo francamente con el tono local, sin comprometer el conjunto, y en una palabra, si pudiese apropiarse el genio de un hombre que fué único en su arte, como aquel célebre artista español, entonces sería á su vez un Velázquez y no necesitaría copiarle.

Por lo dicho se puede ya formar idea de lo que son los copistas en el Museo del Louvre (y aun añadiremos en todos los museos del mundo), y no es necesario citar más ejemplos para dar á conocer sus caracteres y condiciones.

EL DO DE PECHO

(Continuación)

V



(Lucrezia, atto I.)

– No sé si te dije alguna vez, comenzó á decir Doli luego que sintió reparadas sus fuerzas, que soy veneciano. Mi padre era gondolero. Apenas tuve vigor para mantenerme sobre las ágiles y delgadas piernecillas y bríos para ayudarle en la limpieza y arreglo de la góndola, me sacó de la miserable casucha en que vivíamos y me llevó consigo á todos los paseos y excursiones que sus muchos parroquianos le ordenaban. Siempre recordaré con delicia aquellos primeros años de mi vida. La frágil embarcación era para mí un juguete precioso que me proporcionaba múltiples y agradabilísimas diversiones. Cuando estábamos desocupados, empuñaba yo, ora los remos, ora la pértiga, y gozaba infinito viendo que la góndola obedecía á mis débiles esfuerzos y se deslizaba, más lenta sí, pero siempre gallarda, por la superficie de los lagos. Allí empecé á cantar. Cuando las noches eran claras y tranquilas y esperábamos desalquilados algún romántico extranjero que quisiera pasear y soñar con la Borgia y los Falliero, yo, con mi vocecilla de chicuelo, entonaba las barcarolas más populares recostado en el fondo de la góndola. Bien pronto me hicieron una reputación los compañeros de mi padre. «*Giaco*, me decían, canta esto ó lo otro;» y yo, incansable, soltaba canción tras canción, haciéndome el estribillo un coro abigarrado y poético, compuesto de toda clase de voces y estilos. Extendióse mi nombre, y ya se daba el caso de que los que se embarcaban en nuestra góndola pidieran á mi padre que yo cantase alguna cosilla mientras paseaban. Como gracias á mi habilidad artística se aumentó la clientela, instigado á la vez por mi padre y por mi vanidad, díme á aprender, no ya sólo canciones populares, sino trozos de ópera y todo cuanto llegada á mis oídos, cosa que me era sumamente fácil, porque retenía lo que escuchaba con rapidez asombrosa. Una noche entró un caballero apuestísimo en la góndola, me hizo sentar á su lado y me rogó que cantase. Obedecí, y apenas hube terminado, me dió un beso y me dijo:

– *Ragazzo, hai una bella voce. Bisogna etudiare, ed essere un gran artista.*

Llamó luego á mi padre, le habló y le convenció de que yo debía estudiar música; le ofreció el dinero que le faltase para sufragar mi educación artística y se fué, dejándome su nombre y su inolvidable recuerdo.

Doli se puso en pie, empuñó una copa que parecía tallada en un enorme y sangriento granate, la levantó en alto y, poseído de viva emoción, prorrumpió:

– ¡A la memoria de Mario, el rey de los tenores!

Le imité, bebimos, tornó á sentarse y reanudó la narración.
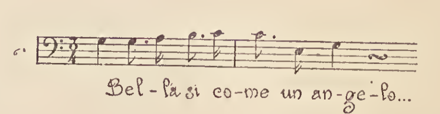
– Desde aquel momento comencé á padecer el más horrible de los tormentos. Di á un pajarrillo, acostumbrado á trinar libremente en las ramas de los árboles, que es preciso que olvide sus amorosas y espontáneas canciones y que se sujete á la intolerable férula de las cinco líneas y de los cuatro espacios: le habrás condenado á tristeza perpetua. Eso me pasó á mí. ¡Adiós góndola, y paseos á la luz de la luna, y *dolce far niente*, y aplausos de gondoleros, y propinas de paseantes! Todo acabó. Un pobre copista del teatro de la Fenice, á quien conocía mi padre, se encargó de enseñarme á subir los primeros peldaños de la escala musical, y todos los días iba yo, solo y triste, á su casa, llevando bajo el brazo el cuaderno sucio y viejo en que el vejete garrapateaba las lecciones que había de darle. Por fin, vencidas las primeras dificultades, cobré gran afición á estudiar, y esto fué lo que me salvó, porque mi maestro adquirió entonces la enfermedad que le llevó al sepulcro y sus lecciones no lo eran más que de nombre. Figúrate que, por entonces, la fiebre amarilla comenzó á hacer grandes estragos en vuestra España, y el mísero Fioretti, que así se llamaba mi maestro, poseído de cerval terror, llenó su casa y sus bolsillos de preservativos contra el temible enemigo. El principal entre ellos era el alcanfor, que llevaba en una cajita de rapé: dióse á olerlo de continuo, y el primer síntoma de su atontamiento fué el de dormirse á todas horas y en todas partes. Como él no quería confesarlo, sus frecuentes cabezadas eran para mí muy ventajosas. Atisbaba diligente el momento en que se le cerraban los párpados y saltaba el trozo de lección en que no estaba muy seguro. Cuando despertaba el pobrecillo creía de buena fe que yo había cantado todo aquello, fingía haberlo oído y me daba su calurosa aprobación. ¡Pobre Fioretti! Llegó á oirme cantar sin acordarse de que yo había sido su discípulo... Por fin, gracias á una recomendación de Mario, á quien me llevó á ver mi padre una de las temporadas en que estuvo contratado en Venecia, entré de partiquino en la *Scala* y de alumno en el Conservatorio de Milán. ¡Ah, *mio caro!* Apenas pisé la escena, empezó para mí el más doloroso de los calvarios. A mis solas, en mi casa y aun en cátedra enfrente del ceñudo y exigente maestro Lamperti, mi voz salía clara, suave, flexible, plegándose obediente á las órdenes de mi voluntad; pero en escena, un miedo inmenso, indescriptible, más grande que el de Fioretti á la fiebre amarilla, me obscurecía la voz, ponía tirantes y rígidas mis cuerdas vocales, cerraba mi garganta, y ora me hacía desafinar como un pavo real ora soltar espantosa serie de gallos. Llegó á hacerse célebre mi malaventura. Los abonados de la *Scala* aplaudían mis intolerables gritos. No había ovación cómica más ruidosa que la que yo provocaba al salir en el primer acto de *Africana* á anunciar: «*Il concillio, signor..* »

– ¿Y cómo, le interrumpí, te silbaron después tan despiadadamente?

– ¡Ah! Los silbidos primeros sonaron en mis oídos como la música más celestial. Sentía ya mucho menos miedo. Cantaba mejor. Ya no se reían de mí. Comenzaban á tomarme en serio. Créeme: cuando yo arranqué el primer silbido al público, sonreí satisfecho de mi triunfo. Pero eso no fué en la *Scala*. Allí mi rehabilitación era imposible. Fué en el teatrillo en que me conociste destrozando las clásicas frases de Pollión. Entonces empezó la segunda de las épocas de mi vida de cantante. La que yo llamo la era del *fischio*. ¡Bebamos otra copa á la memoria del desdichado Lido, *fischiato* en cuantas óperas tomó parte!

Y llenando de rico Oporto dos copas verdes, como el agua del mar en día de tormenta, alargóme una, acercó á sus labios la otra y las apuramos alegremente.

VI



(Don Pasquale, atto I.)

Antes de continuar su narración, Doli se levantó, descolgó de la pared una fotografía encerrada en sencillo marco de felpa azul, y acercándoseme, dijo:

– Quiero que mi novela sea ilustrada, y aquí tienes la más interesante y preciosa de las viñetas. Mira...

Y puso en mis manos el cuadrito. Era el retrato de una mujer hermosa, alta, esbeltísima, vestida con la blanca túnica y la corona de flores de la aletargada Julieta.

– ¡Buena mujer!, dije saboreando su vista con el mismo placer con que antes paladeara la copa de Oporto.

– *¿Ti piace?...*

– Mucho.

– Bueno: ponla aquí para que presida la cena y oiga el canto de amor que entono á su recuerdo.

Quitómela de la mano, la apoyó sobre un frutero y siguió contando:

– Un año después de conocerte y quedarte agradecido por toda la vida, porque aún más que tu dinero me obligó el cariñoso afecto que me mostraste, fuí contratado á un teatro mísero y destartalado que había entonces en Pisa. Llegué á la histórica ciudad, y en el primer ensayo á que tuve que asistir quedé enamorado, deslumbrado, hechizado por la belleza de la primera tiple absoluta, como que no había otra, la *signorina Medea Corsi*. Era alta y rubia como una Margarita alemana, sin que en sus ojos ni en su aire hubiera esa placidez é indiferencia que caracteriza á nuestras vecinas de allende los Alpes; su figura y sus ademanes tenían una majestad, no aprendida en ninguna clase de mímica, sino natural, espontánea y por lo mismo más subyugadora: el rostro era oval y perfecto como el de una *Madona* de Rafael; los labios sonrosados, tenían aún un tinte más vivo por la costumbre graciosa de morderlos de continuo con sus menudos dientes; para hablar entornaba dulcemente los ojos, mostrando con coquetería los transparentes párpados, sutiles como pétalos de una flor, y las sedosas pestañas; y el italiano en sus labios era canto de ruiseñores, lengua de dioses, beleño con que adormecía y dominaba las almas. En fin, ahí la tienes. ¡Cuántas veces mientras ella reposaba sobre su sepulcro, representando el papel de la apasionada Julieta, yo, vestido de Romeo, aprovechaba los ritornellos y frases de la orquesta para murmurar á su oído palabras mucho más ardientes y amorosas que las que contenía el libreto de la ópera! Te aseguro que en todos los dúos de amor estuve, como actor, á gran altura. Romeo, Ernani, Manrique, Ruy-Blas tuvieron en mí el más concienzudo de los intérpretes. Sobre todo, el final de *Lucrezia* era, representado por mí, de una verdad insuperable. ¡Cuánto cariño... filial había en mis apretados abrazos! ¡Con qué placer reclinaba, para morir, mi cabeza en su seno! En resumen, que, como se llamaba Medea, me hechizó por completo...

– ¡Bravo!, interrumpí levantándome. Pues ahora me toca á mí.

Llené de *Champagne* dos copas planas y abiertas, como campanillas próximas á marchitarse, y alzando la mía coronada de lechosa espuma, grité:

– *¡Evviva Medea!*

– *¡Evviva!*, repitió entusiasmado Doli.

Y para que nadie volviera á posar sus labios en aquellas copas que sirvieran para la libación en honor á tal diosa, una vez vacías las arrojamos con violencia al suelo, donde se quebraron en menudos pedazos.

L. Cánovas

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS PUENTES DE HIERRO DESDE EL PUNTO DE VISTA ESTÉTICO

(Conclusión)

Un hermoso modelo de este nuevo sistema nos lo ofreció hace muy pocos años la ciudad de Zurich con la construcción del moderno y atrevido puente del Limat, que consta de cinco grandes arcos de acero calculados como sostenes; es decir, que al sostén del puente se le ha dado la forma de arco, comunicándole la suficiente resistencia en los delgados puntos centrales por medio de materiales fuertes y calculados con escrupulosa exactitud. Con ello el aumento de coste de construcción no ha sido relativamente muy grande; lo que se explica teniendo en cuenta lo que debieron costar los trabajos de fundación, que duraron muchos años, los accidentes naturales en los mismos, las pilas y los acarreos, la construcción de caminos, las expropiaciones, etc. Hoy posee Zurich un hermoso puente que cruza el desagüe del lago, trazando líneas elegantes y, sin embargo, muy resistentes, y cuyas formas aumentan las bellezas de la incomparable perspectiva que ofrecen las orillas del lago y la comarca alpina, en vez de afearla, como hubiera hecho el esqueleto de un puente de enrejado.

También en Ginebra se rindió algún día tributo al principio del menor peso posible en los puentes, con sujeción al cual se construyó el puente del Monte Blanco con sus delgados sostenes en forma de vientre de pez; pero hace unos años triunfó el buen gusto, y en la actualidad el fuerte puente de arcos de hierro que ha reemplazado á aquella otra obra pobre y exclusivamente utilitaria, constituye uno de los más bellos adornos de la ciudad de Juan J. Rousseau.

Las construcciones ferroviarias llevadas á cabo con tan exquisito cuidado, aportaron á la construcción de puentes en las urbes una condición de la que durante mucho tiempo se había prescindido, á saber: la línea recta ó la superficie plana, que siendo indispensable en las vías férreas no lo es en los puentes á otros fines destinados. Esta condición que prácticamente no es desagradable resulta serlo cuando se atiende al efecto estético Una elevación, una ligera pendiente desde ambos extremos al centro, en donde puede darse un suave descenso á las líneas, es de gran importancia para la eficacia de los puentes como construcciones. Los que lo hayan visto, recordarán la excelente forma del nuevo puente de las Cuatro Estaciones de Florencia, que presenta una pequeña elevación hacia el centro. El puente recto del ferrocarril de Dresde no puede competir con el puente inclinado de María. El buen efecto de los caminos en pendiente estriba en que la línea curva superior abarca en un todo unido la obra y sus varios arcos, haciendo de ella una construcción con vida propia, por decirlo así, que une de una manera simpática las dos partes de la ciudad; al paso que una serie de arcos en línea recta es indeterminada y mentalmente puede uno trazarse su prolongación.

Este criterio había sido completamente olvidado; el gran público prescindía en absoluto de las aplicaciones á que se presta. En Berlín mismo se cometió la falta de anular la suave bóveda central del puente del *Kurfursten* (Elector) por medio de tres apéndices colocados horizontalmente en las aceras á modo de balaustradas. En el puente del Emperador Guillermo, empero, aquel criterio volvió á prevalecer, y lo propio ha sucedido con el nuevo puente de Moltke.

Esta rehabilitación tiene su pequeña historia. Después que en Francfort sobre el Main se hubo construído el puente llamado de la carretera de Maguncia, á cuyo piso se dió la horizontalidad que es costumbre en las vías férreas, el autor del mismo, el ingeniero Schmick, al contemplar su obra, en todos los demás conceptos excelente, se convenció de que los pedantes que abogaban por la belleza tenían razón al pedir un piso inclinado, y cuando más tarde, con motivo de la construcción del puente sobre el Alto Main, se le ofreció una coyuntura propia, empleó la forma ligeramente curva. La ejecución de la obra demostró claramente con cuánta razón merecía ser preferida esta forma, y así lo comprendieron nuestros constructores de puentes, tanto que al ponerse poco después á concurso en Maguncia la construcción del grandioso puente sobre el Rhin, de los diez y siete proyectos presentados, quince trazaban el «piso ascendente.» Y á pesar de todo esto, la idea no ha arraigado todavía profundamente, como lo prueba el hecho de que en el puente que al fin se construyó en la ciudad últimamente citada, el piso asciende, es cierto, desde los extremos al centro, pero no en una sola curva suave, sino en una serie de líneas cortadas: en efecto, las partes correspondientes á cada arco son horizontales y sólo en los puntos de unión de una á otra se elevan formando ángulos bastante obtusos, lo cual perjudica algo al efecto del conjunto de esta magnífica obra. Ciertamente el empleo de la curva supone un trabajo muy grande, sobre todo en la parte del dibujo, puesto que exige un cálculo detalladísimo de longitudes para la serie de barrotes sucesivos. pero hemos de ahogar todo sentimiento de compasión hacia los dibujantes. El rendir culto á la estética cuesta, es verdad, algunos meses más de trabajo; pero hay que tener en cuenta que la obra ha de subsistir durante siglos, que ha de encerrar en su forma un pensamiento, que es una obra pública y que en su estilo y en sus líneas ha de quedar impreso y sometido al juicio de las venideras generaciones el grado de elevación de nuestra educación estético-arquitectónica, y esto recompensa suficientemente las gotas de sudor que la mayor suma de trabajos de cálculo y de dibujo haya podido hacer derramar. Así lo hizo Schmick en su puente sobre el Alto Main y así lo ha hecho Eiffel en su admirable torre que tantos aplausos le ha conquistado.

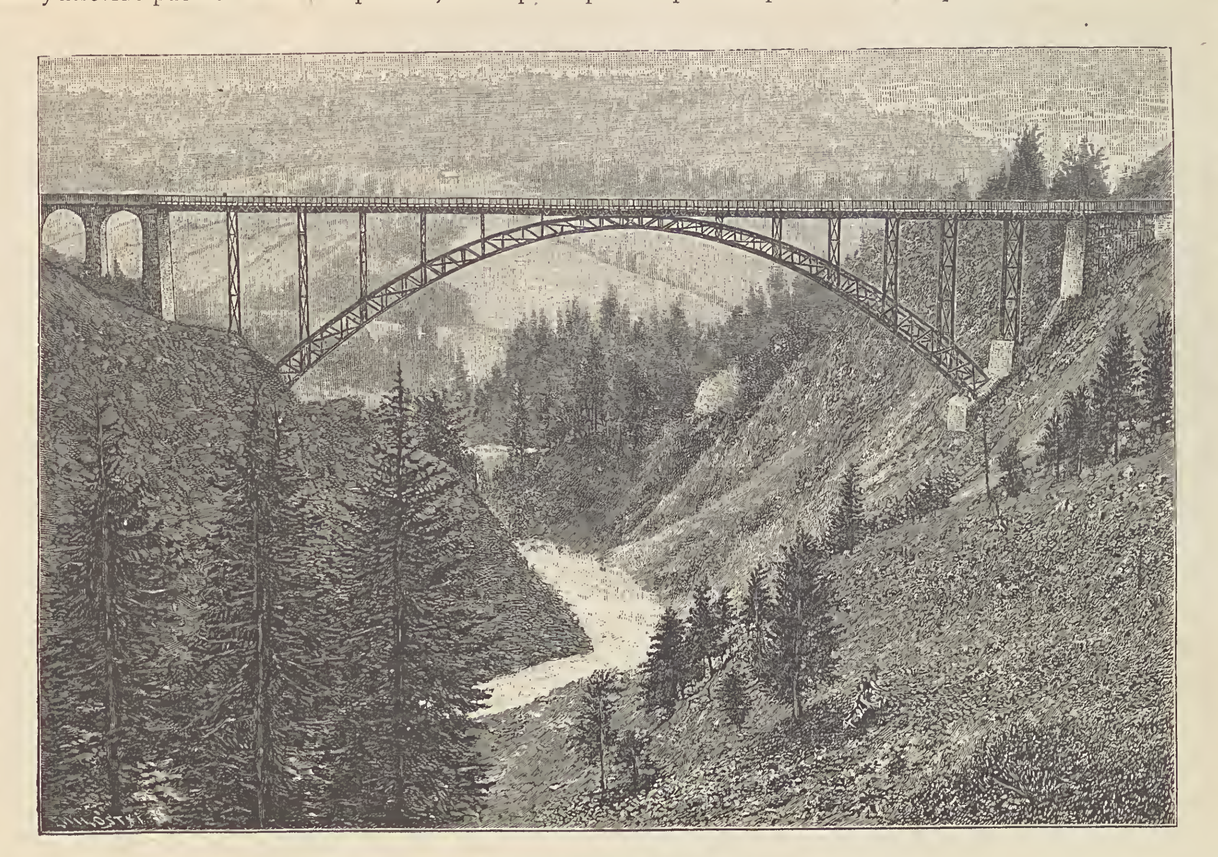


Fig. 3. – Puente sobre el valle del Javroz

El algebrista aplicado hubo de abandonar el criterio de la limitación de los materiales de construcción á su valor mínimo, porque se demostró que éste no significaba el precio mínimo. Que la obra debe ser sólida, buena, duradera, útil bajo todos conceptos, es cosa que se cae de su peso; pero los que constituímos el público exigimos, además, que sea bella tanto cuanto lo permitan los medios de que se dispone, y es de esperar que las corporaciones no combatirán esta exigencia. Los Municipios están dispuestos en su mayoría á mostrarse liberales, no sólo con las obras de altura, sino también con las hidráulicas, siempre que sean obras públicas y no simplemente de utilidad.

Acerca de la noción de la belleza de los puentes, hay muchas opiniones que no han llegado á presentar una solución definitiva única; algunos creen que se consigue amontonando en aquéllos estatuas, balaustradas y ornamentos de distintas clases; pero estas cosas, si bien contribuyen á la belleza de una obra, no son la base de la misma; pues es en vano que se intente cubrir con ellas las feas formas principales, que se quiera adicionar el *estilo* á un puente de hierro antiestético en su origen. Los adornos pueden, á lo sumo, velar las fealdades; pero éstas en realidad existen, como subsiste la fealdad de una Venus hotentote ó kalmuka, aunque se vista á ésta con las más preciosas telas.

Para demostrar lo más claramente posible qué es lo que el constructor de puentes entiende por belleza de sus obras, acompañamos con este artículo los grabados que representan dos puentes de construcción moderna, en los cuales, sin necesidad de adorno alguno y sólo por la buena elección de formas y proporciones, se ha conseguido un excelente efecto. El primero es el llamado puente de Kirchenfeld, de Berna (véanse los grabados del número anterior), que tiene 230 metros de largo y 35 de ancho y que atraviesa un valle y el río Aar, poniendo en comunicación la ciudad con los arrabales. El piso del puente describe una ligera pendiente, apenas perceptible en el grabado, siendo muy notables los asientos de los pilares sobre las grandes pilas de fundación de piedra, en los que se ha prescindido por completo del *mínimo* por desgracia tan generalizado por los aritméticos. Estos recomiendan que los arcos se asienten en punta y con articulaciones movibles, por cual razón se denomina á esos puentes puentes á charnela: esta forma la adoptó Eiffel, el constructor de la torre, en un ancho puente sobre el Duero cuyos sostenes principales sólo tocan en el suelo por la punta, como las bailarinas en ciertos ejercicios de su arte: por esto el tal puente produce el efecto de una obra atrevida, temeraria, afectada en extremo. En el puente de Kirchenfeld, en cambio, la grandiosa obra que atraviesa con sus dos arcos (de 83 y 85 metros) el valle, ha sido construída atendiendo á la resistencia, á la seguridad y á la belleza. La forma adoptada no sugiere la idea de que se hayan empleado masas colosales de hierro ni realizado ímprobos trabajos de cálculo. El grabado de la fig 2 del número anterior representa el pie de la pila central del puente y demuestra que las moles de hierro no están reñidas con la estética.

El otro grabado (fig. 3 del presente número) reproduce un puente viaducto muy sencillo, pero muy largo, que cruza el valle del Javroz, en Charmay (cantón de Friburgo, Suiza), con una longitud de 86 metros y una altura de 57 sobre el fondo de aquél. En él domina la sencillez suma, y sin embargo, la impresión que produce es de las que cautivan y admiran al espectador, sin que aparezca el menor desentono, la más pequeña contradicción de mal gusto entre el puente y la comarca en que se ha emplazado. Al propio tiempo, á nadie al ver esta obra se le ocurre pensar en las dificultades de ejecución que para construirla se habrán tenido que vencer, lo que no sucede con los puentes de Eiffel.

Esos dos puentes han sido construídos por el actual ingeniero municipal de Berna M. Probst, antiguo alumno del que estas líneas escribe: ambas construcciones demuestran que la belleza, la sencillez y la utilidad ó adaptación al objeto destinado, lejos de ser antitéticas pueden muy bien marchar armónicamente unidas.

Si el benévolo lector, después de haber meditado las anteriores observaciones, dirige una mirada examinadora al puente del Forth, de fijo admitirá que en esta obra tan colosal y tan costosa se hubiera podido hacer mucho más de lo que se ha hecho en pro de la belleza no recargada de adornos, pero sí de impresión agradable. Esta obra atrevida, importantísima, se ha realizado de una manera brillante desde el punto de vista práctico y honra en alto grado á sus constructores. Pero de quien ha hecho esto se exige y se puede exigir mucho.

La falta de belleza es mayor todavía que en el

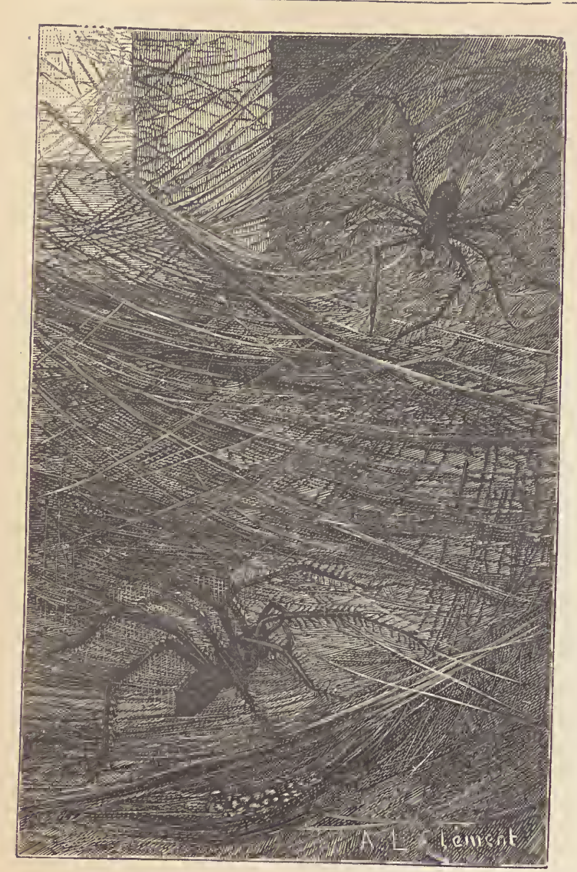


Fig. 1. *Araña doméstica (Tegenaria)*. – Macho. – Hembra cerca de sus huevos

puente del Forth en el proyecto de puente para atravesar el Canal de la Mancha, y aunque hay muy pocas probabilidades de que se lleve á cabo, siempre da que pensar sobre el criterio que aun prevalece entre los autores de grandes obras de utilidad.

En mi opinión, é inspirándonos en el espíritu y en el conocimiento que en punto á construcciones predominan en Alemania, podemos contestar á la pregunta que encabeza este artículo diciendo: «Los puentes de hierro no deben ser construídos antiestéticamente.»

F. REULEUX

(De la Revista alemana *Prometheus*)

***

LAS ARAÑAS

En un ángulo del techo de una habitación, una araña ha tejido su tela, ó mejor dicho su red: el ama de casa, enemiga de la suciedad, ha tomado el plumero y brutalmente destruído esa pequeña obra maestra. Esta calificación de obra maestra hará sonreir al lector que no conoce más telarañas que las que el polvo ensucia, ni ha visto al animal en su trabajo ni observado la red cuando sale de sus... patas, ¡bamos á decir de sus manos.

El pequeño insecto tan sin razón difamado y con el que se atemoriza á los niños, había construído con un hilo largo y sedoso esa tela fina, ligera, elástica que encuentra los elementos de resistencia en su misma flexilidad, en su forma, en su disposición. El viento puede agitarla, como á la vela de un barco, sin romperla; cual la flexible caña, se dobla pero no se quiebra. Muy limpia, reluciente y blanca en un principio, poco á poco se ha ido ennegreciendo y ha tomado un aspecto repugnante á medida que en ella se ha posado el polvo que flota en la atmósfera y que las corrientes de aire ascendentes arrastran hasta el techo.

¿Cómo un sér tan pequeño ha podido sacar de su cuerpo y de una manera casi continua una cantidad de hilo tan prodigiosa? Y aunque para fabricarla no hiciera más que desdevanar algún ovillo, ¿en que parte de su cuerpo cabría éste? Pero el hilo sólo se forma al salir del cuerpo, como nuestra barba y nuestros cabellos: en el interior es un líquido viscoso, espeso, pegajoso; una pasta blanda que segregan unos órganos denominados glándulas. Glándulas son también las que producen los cabellos, los pelos, las lágrimas, las uñas, las mucosidades de la nariz y el cerumen.

Esta pasta, en el momento de salir al aire se seca y solidifica, del mismo modo que la pasta con que se hacen los macarrones y la arcilla con que se fabrican las tejas y los ladrillos se endurecen al contacto con aquél.

Antes de salir del cuerpo del animal la materia blanda no tiene forma: la araña la expulsa por una especie de mamas ó hileras que en número de dos ó tres pares se encuentran en la parte inferior de su vientre. La extremidad de las hileras tiene varios agujeros, á modo de roseta de regadera, á cada uno de los cuales corresponde un diminuto tubo abierto. Por estos tubos sale la materia viscosa, y esos diversos chorros, todavía blandos, se sueldan para formar uno solo, que constituye el hilo de la araña. Este hilo, pues, está en realidad formado por varios hilos: ¡Júzguese de la finura de éstos cuando aquél es el emblema de la delgadez!

Unas arañas poseen una sola especie de glándula que no produce más que una clase de hilo; otras están provistas de varias glándulas que proporcionan hilos de tenacidad, finura y elasticidad distintas. ¡Qué sería una vaca que diera diversas clases de leche más ó menos rica en manteca ó materia caseosa!

El papel de la araña no se limita á la producción de la primera materia: como hábil hilandera, perfecciona, pule, regulariza el hilo bruto y luego dirige el hilo así preparado hasta formar con él la red, tela ó tapiz, como quiera llamársele. Todo lo saca de sí misma; para ella no se siembra cáñamo ni lino; ella lo es todo á la vez, máquina de hilar y de tejer, llevando en sí la materia primera, el mecanismo y el mecánico.

Las extremidades de sus patas son verdaderos peines, unos con dientes finos y apretados, otros con dientes gruesos y distantes; en una palabra, peines espesos y escarpidores Da gusto verla trabajar apartando el hilo con una pata ó dirigiéndolo al través de los dientes, ni más ni menos que una mujer cuando al peinarse traza surcos en su cabellera.

Las hileras no presentan todas el mismo sistema de agrupación, sino que unas están dispuestas en haz y otras en roseta, de lo cual naturalmente se deduce que el hilo no debe tener las mismas cualidades en

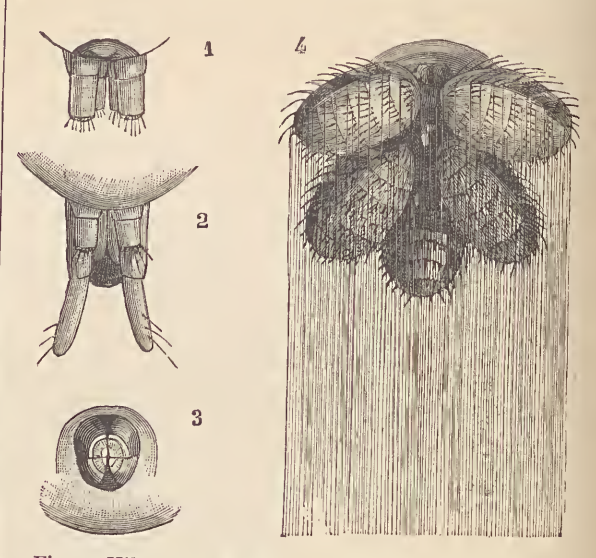


Fig 3. *Hileras*. – 1. En haz. – 2. Palpiforme. – 3. En roseta cerrada. – 4. La misma abierta y muy aumentada: en ésta se ven los hilos paralelos antes de unirse.



Fig. 4. *Extremidades de las patas*. – 1. Epeira. – 2. Scytoda. 3. Philcus

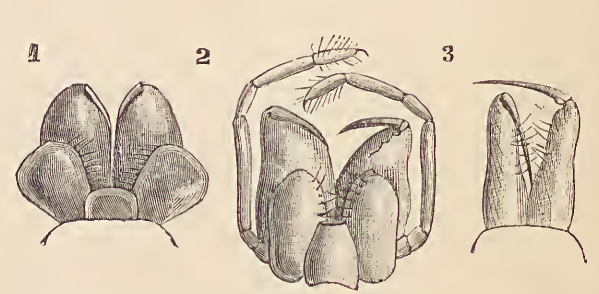


Fig. 5. *Organos*. – 1. Epeira. – 2. Tegenaria. – 3. Cluvión

estos distintos casos, y que su espesor, su tenacidad, su elasticidad, su flexibilidad deben variar con su forma, es decir, según que sea más ó menos denso, más ó menos torcido.

La constitución de la tela y su dirección varían con las especies; así, por ejemplo, la araña doméstica *(Tegenaria)* construye una tela más ó menos irregular y en un sentido horizontal, una especie de hamaca, y añade á ella un tubo, que es su vivienda, así como la tela es la trampa para coger insectos.

La *Epeira* dirige su red en un plano sensiblemente vertical, y á ella sobre todo se refiere cuanto se dice de la araña y de su tela, porque esta especie ejecuta una red muy conocida cuya regularidad ha admirado, no sólo á los observadores, sino también á los mismos indiferentes. Esta regularidad, sin embargo, no es geométrica, y algunas modificaciones introducidas en la forma permiten reconocer las especies. Distínguense las redes como se distinguen los nidos de los pájaros, bien que las arañas no empleen, como éstos, distintos materiales y que en ellas el método y los procedimientos sean iguales, puesto que todo de sí mismas lo sacan.

Varias veces se ha descrito con más complacencia que exactitud la manera cómo la araña construye su red. Vamos á tratar de describir con precisión este notable trabajo (1).

FÉLIX HERMET

(De *La Nature*)

(Continuará)



Fig. 2. *Epeira diadema y su tela*. – Hembra vista de espalda sobre la tela. – La misma suspendida de su hilo

(1) M. Simón, el que en Francia ha hecho estudios más detenidos acerca de las arañas, ha tenido la bondad de comunicarnos sus observaciones, y nuestro dibujante M. Clement, tan hábil artista como buen entomólogo, era el especialmente llamado á ejecutar los dibujos que á sus cualidades artísticas unen el mérito de una rara fidelidad.

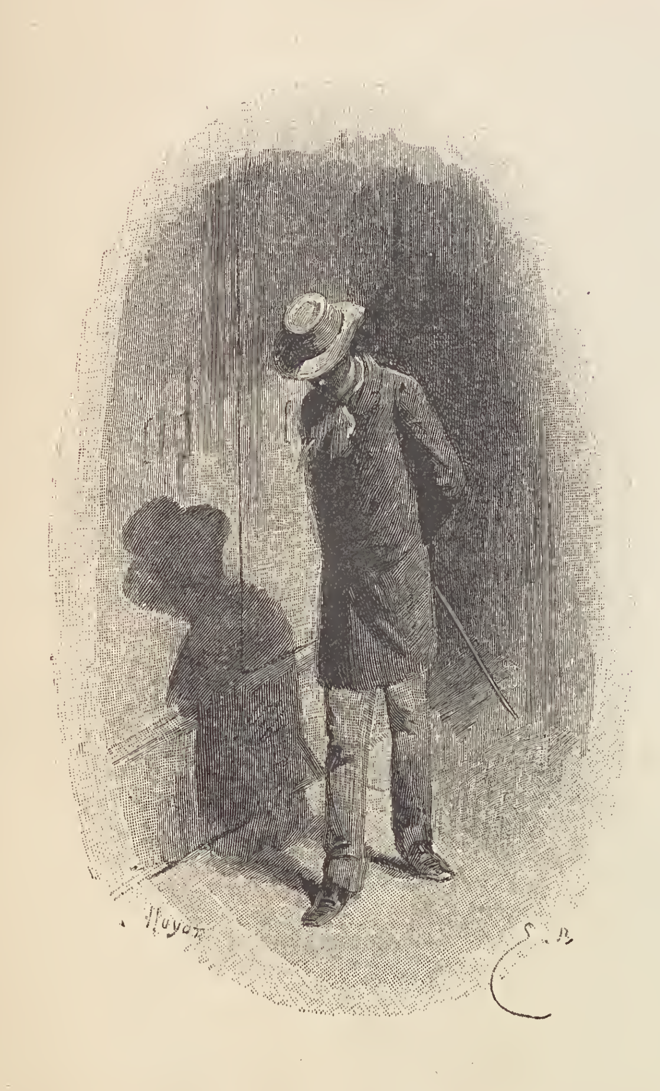
TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPEE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)



– Vestida de riguroso guiñapo, ¡figúrate, querido!; sin nada en la cabeza, envuelta en un chal amarillo con franjas verdes, y arrastrando las chinelas sin tacón... Pero no, aunque era una hermosa ladina, me hice cuenta de que en la casucha adonde me llevó poseí en ella á todas las diosas de Giorgione y á todas las cortesanas del Ticiano.

Porque Mauricio siempre es el mismo: libertino, calavera; pero ¡bah! no lo niega y hasta se vanagloría de ello con tan alegre ardor y con tal fuego de juventud, que constituyen en él un encanto más.

Dan las siete, toma á Amadeo del brazo y atraviesan el barrio latino, contando aquél sus aventuras galantes del otro lado de los Alpes.

– ¡Ah, amigo mío!, – dice, – allá está el verdadero país del amor; no se vive más que para esto. La última de las perdidas, cuya fotografía enseña un supuesto hermano de café en café, es capaz de perder la cabeza si le dices que es bonita y que la deseas... Palabra de honor: yo he sido seguramente amado hasta en los tugurios adonde por cuarenta sueldos me llevaba algún rufián.

Cuando Mauricio habla de estas cosas no acaba nunca, y mientras comen los dos amigos en un restaurant del boulevard San Miguel, al lado de una ventana, el viajero, excitado por el Champagne, prosigue describiendo las calurosas noches de Roma y de Florencia. Este tema de conversación era peligroso para Amadeo. No olvidemos que desde hace algún tiempo comienza á pesar su inocencia al casto poeta de guardilla, y aquella noche tiene en su bolsillo algunas monedas de oro, que resuenan con la música del placer. Mientras Mauricio, con los codos sobre la mesa, le cuenta sus proezas amorosas, Amadeo mirando á la luz del gas que acaban de encender y que alumbra con tibio resplandor el verde de las hojas de los árboles, ve pasar por la acera mujeres vestidas en traje de primavera, que se detienen delante de las terrazas de los cafés, saludando con ligeros movimientos de cabeza á los estudiantes á quienes conocen. El aire está impregnado de voluptuosidad; y Amadeo (sí, Amadeo, á fe mía, ¡personas virtuosas, velad la faz!) es el primero en levantarse de la mesa, recordando á Mauricio que es jueves y hay baile en Bullier; y también es él el que añade deliberadamente:

– ¿No te parece que vayamos á dar una vuelta por allí?

– Con mucho gusto, – responde el vividor. – ¡Ah! ¡ah! ¡Empezamos á desperezarnos un poco, señor Violette! Pues bien; subamos á Bullier. No me será desagradable el cerciorarme de que todavía amo á las parisienses.

Se dirigen hacia el lado del Observatorio, fumando sus cigarrillos. En la calzada, en la misma dirección que ellos, algunas victorias conducen parejas de mujeres, cuyos sombreros con flores y trajes primaverales se destacan en la obscuridad nocturna.

A cada instante los dos amigos se codean con bandadas de estudiantes que entonan canciones populares y marchan en compactas filas.

¡He aquí Bullier! Atraviesan la resplandeciente entrada, y desde la escalera que conduce al célebre baile público, se sienten medio ahogados por un penetrante olor á polvo, gas y carne humana, que produciría náuseas á un alcantarillero; y sin embargo, en todas las pequeñas poblaciones de Francia hay médicos con cabriolé, notarios rurales y jueces de paz y sustitutos que recuerdan aquella cloaca cuando toman el fresco al aire libre bajo el firmamento estrellado, aspirando el exquisito perfume de la cosecha. Porque esa peste está mezclada con algo de poesía que ellos han sentido alguna vez, con sus amoríos de estudiante, con la etapa de su juventud.

Y no obstante, Bullier es un lugar innoble: una caricatura en cartón de la Alhambra, tres ó cuatro mil cabezas dislocadas en una nube de tumulto y de humo de tabaco; y delante de la orquesta desesperada que dispara metralla de rigodones, bailarines y bailarinas que se estrujan, levantando la pierna, con rostros tranquilamente espantosos ó con locas muecas obscenas.

– ¡Qué sentina!, – dice Amadeo, con algo de disgusto. – Vamos al jardín.

Allí deslumbra la luz del gas. Los bosquecillos parecen decoraciones viejas, y casi se echan de menos en ellos los antiguos dragones de peto amarillo de las viejas óperas cómicas. La gruta es una parodia de tal y los surtidores recuerdan á los de los tiros de pistola en los que sube y baja una cáscara de huevo.

Pero á pesar de todo, allí se respira un poco, y en medio de aquel conjunto artificial, ¡cosa extraña!, mirando á lo alto se descubren algunas estrellas naturales.

– Mozo, dos sodas, – dice Maricio, golpeando la mesa con un junquillo.

Y los dos amigos se sientan al lado de una calle de árboles, por donde pasa la multitud. Diez minutos hace que están allí cuando dos mujeres se detienen delante de ellos.

– Buenas noches, Mauricio, – dice la mayor, morena gallarda y rica en colores: verdadero tipo de criada de figón.

– ¡Hola, Margarita!, – exclama el joven. – ¿Quiéres tomar algo? Siéntate, y que se siente también tu amiga. ¿Sabes que tu amiga es preciosa? ¿Cómo se llama?

– Rosina, – contesta la aludida, casi modestamente, porque sólo tiene diez y ocho años, y á pesar de su peinado provocativo, todavía la pobre muchacha no es desvergonzada. Se comprende fácilmente que empieza su carrera.

– Pues bien, señorita Rosina, venga usted aquí, que la veamos, – dice Mauricio, haciendo sentar á la joven á su lado con ademán cariñoso. – Y tú, Margarita, te autorizo para que me seas infiel una vez más, en obsequio de tu vecino y mi amigo Amadeo, que esta noche padece de mal de amor, como si fuera de dolor de muelas. ¡Corazón á alquilar! Aunque poeta, por casualidad tiene en su bolsillo con qué convidarte á cenar.

Como siempre y en todas partes, el egoísta y amable Mauricio se queda con la parte del león; y Amadeo, prestando escasa atención á la gruesa Margarita, que le suplica que la haga un acróstico con su nombre, encuentra encantadora á la joven Rosina, á quien su elegante amigo entretiene con chistosas frases. Pero á pesar suyo, el poeta considera á Mauricio como á su superior, y encuentra muy natural que él se haya adjudicado desde luego la más bonita de las dos mujeres. No importa, Amadeo desea una noche de placer, porque la sangre le abrasa las venas. Margarita, que acaba de quitarse los guantes para beber un vaso de jarabe, tiene las manos encarnadas, y parece tonta de capirote; sin embargo, es bella, y el poeta, con apetito de principiante, comienza también á hablar inclinándose hacia el cuello de la muchacha, que ríe á carcajadas y le mira provocativamente.

Entonces la orquesta empieza á preludiar una polka, y Mauricio, que tiene que alzar la voz para hacerse oir de su amigo, le llama varias veces por su nombre y al fin por su apellido Violette. De pronto, la jovencita, la linda Rosina, se estremece, mira al poeta, y sorprendida le dice:

– ¡Cómo! ¿Se llama usted Amadeo... Amadeo Violette?

– Sí.

– Entonces es con usted con quien tanto he jugado cuando pequeña.

– ¿Conmigo?

– Sí, acuérdese usted... Rosina, Rosina Combarieu... En casa de la señora Gerard, la mujer del grabador, calle de Nuestra Señora de los Campos. ¡Cuántas diabluras hemos hecho con aquellas niñas! ¡Y cómo á lo mejor se vuelven á encontrar dos personas!

¿Qué es lo que siente Amadeo? Los recuerdos de toda su infancia evocados, el nombre de la familia Gerard pronunciado en aquel sitio, la amargura de haber conocido á aquella joven todavía inocente; todas estas cosas llenan de singular tristeza el corazón del poeta, que no acierta más que á decir:

– ¡Usted!... ¿Es usted?...

Entonces la joven baja los ojos y se pone muy encarnada.

Mauricio tiene tacto. Notando la emoción de Amadeo y de Rosina, se levanta bruscamente y dice con fingida alegría:

– ¡Vamos, Margarita! Creo que estos muchachos tienen necesidad de hablar de sus recuerdos infantiles. Renuncia á tu acróstico, hija mía. Toma el brazo y vamos á bailar... Te ofrezco una contradanza holandesa.

Solo ya con Rosina, Amadeo la mira melancólicamente. Es muy bonita á pesar de su tez de clorótica. Es la hija de los arrabales, nacida con el genio del tocador, que se adorna con un vestido de percal, con una flor en el sombrero, con una nada, y que se alimenta de ensaladas y cosas crudas para comprarse botas bien hechas y guantes de diez y ocho botones.

La linda rubia mira también á Amadeo, y en sus ojos de color de avellana se diseña una tímida sonrisa.

– Vamos, señor Amadeo, – dice, – no debe causar á usted pena ni sorpresa el encontrar en Bullier á la picaruela con quien tanto ha jugado al escondite detrás de los muebles del buen Gerard. No debe chocar á usted el que no *haiga* llegado á ser una señora; por el contrario, esto sí que sería sorprendente. No soy muy juiciosa, ciertamente; pero trabajo, y no vaya usted á creer que me entrego al primero que se presenta. Su amigo de usted es muy guapo y amable y, sin embargo, no he aceptado sus galanterías más que porque conocía á Margarita. Con usted es muy diferente, y me siento dichosa en charlar con un antiguo amiguito, que me recuerda las bondades de la señora Gerard. ¿Qué ha sido de ella, de su marido y de sus hijas?...

– El señor Gerard ha muerto, – contesta Amadeo, – pero las señoras están buenas y yo las veo con frecuencia.

– No les dirá usted que me ha encontrado aquí, ¿verdad? Será mejor. Si yo hubiese tenido una buena madre, como mis compañeras de juego, otra hubiera sido mi suerte... Pero ya recordará usted que papá sólo se ocupaba en política. A los quince años me puso de aprendiza en casa de una florista, y el amante de la maestra, un hombre infame, es el que me ha perdido... Papá ejerce ahora un oficio muy penoso: es editor responsable de un periódico republicano, y aunque no tiene nada que hacer, siempre está preso... Yo sigo de florista. Tuve un amiguito, un alumno del Valde-Grace, pero acaba de marcharse de médico militar á Argelia. Me he quedado sola y me fastidiaba, y esta noche Margarita, á quien he conocido en el almacén, me ha traído aquí para distraerme... Y usted ¿qué hace? Su amigo de usted decía antes que era usted poeta. ¿De modo que escribe usted canciones? A mí me gustan mucho. ¿Se acuerda usted cuando intentaba tocarlas con un dedo en el viejo piano de los Gerard?... Entonces era usted un niño muy guapo, dócil como una niña.. Aun conserva usted sus ojos azules á pesar de ser moreno.. Bien los recuerdo... No puede figurarse cuánto me alegro de volver á verle...

Y continúa charlando y evocando los antiguos recuerdos. Cuando habla de las señoras Gerard toma un aspecto seriecillo que agrada mucho á Amadeo: éste adivina que es una pobre loca, que al primer verso pierde la cabeza; pero que al menos conserva el tesoro de los pobres: un corazón sencillo y alegre. El joven se deja influir por la gracia de la muchachita; piensa en el pasado y se siente enternecido como un lugareño que se encuentra con una paisana.

La orquesta dispara nueva contradanza, que da idea del estrépito del bombardeo de una plaza fuerte, y Rosina enmudece un momento.

– Sabe usted, – la dice el poeta, – que se ha hecho muy linda. Sobre todo esa tez mate, esa interesante palidez!...

Pero la joven, que ha sufrido muchas miserias, le interrumpe con una frase amarga:

– ¡Oh, mi palidez! Vale bien poco, no es la palidez de los ricos.

Pero en seguida, recobrando su buen humor, continúa:

– Dígame usted, señor Amadeo, ¿le ha gustado á usted Margarita?

– ¿A mí?

– Como ha empezado usted á hacerla la corte...

– ¡Gustarme esa gordota!, – exclama el poeta con vivacidad, – ¡nunca!

Y luego añade:

– Mire usted, Rosina, he venido para distraerme un poco, se lo confieso á usted: creo que esto es propio de mi edad; pero ahora me disgusta ese baile... ¿Tiene usted aquí alguna cita, espera á alguien?... ¿No?... ¿De veras?... pues entonces tome usted mi brazo y vámonos. ¿Vive usted lejos?

– En la Avenida de Orleans, cerca de la iglesia de Montrouge.

– Permítame usted que la acompañe, ¿quiere usted?

La joven no tiene inconveniente en ello, se levanta, y juntos salen del baile, pareciéndole al poeta que el brazo de la muchacha se ha estremecido bajo el suyo con abandono. Ya en el boulevard desierto, inundado por una luna azulada, Rosina acorta el paso, y se queda pensativa, bajando la cabeza, cuando Amadeo busca sus ojos en la obscuridad.

¡Cuán dulce es el nuevo deseo que turba el corazón del joven y al que se mezcla algo sentimental!

Su corazón palpita al pensar que no tiene más que decir una palabra para coger aquella flor temprana. Rosina está también conmovida, y sólo encuentran ambos cosas insignificantes que decirse.

– ¡Qué noche tan hermosa!

– Sí, da gusto respirar.

Continúan andando en silencio. ¡Oh! ¡Qué hermoso fresco el de los árboles! ¡Qué silencio tan voluptuoso!

Por fin se detienen á la puerta de la casa de Rosina, que lleva lentamente la mano á la campanilla... Entonces Amadeo, haciendo un esfuerzo y con voz balbuciente, se atreve á pedirla que le permita subir con ella para ver «su cuartito.»

Pero ella le mira algunos instantes con ojos tiernos y tristes y le dice con

– No, decididamente no. Es preciso tener juicio. Esta noche le gusto á usted, señor Amadeo, y usted comprende que á mí me parece encantador... Verdaderamente, habiéndonos conocido tan pequeños, haríamos bien en amarnos... Pero sería una gran locura, créame usted, y quizá un mal. Más vale que no, se lo aseguro á usted. Olvide á la linda rubia, como decía el amigo á quien ha encontrado usted en Bullier con Margarita, y acuérdese solamente de su compañerita de la calle de Nuestra Señora de los Campos. Esto es mejor que un capricho, porque conserva puro el corazón. No manchemos nuestro recuerdo de la infancia, señor Amadeo, y separémonos como buenos amigos.

Y antes que el joven pudiera contestarla (¿qué podría objetar á un sentimiento delicado?) sonó la campanilla. Rosina dirigió á Amadeo una sonrisa de despedida, y un beso con la punta de los dedos, y desapareció con presteza detrás de la puerta, que se cerró con estrépito.

¡Ah! Ciertamente en aquel instante el poeta siente un movimiento de despecho. «¡Cabeza de chorlito! ¡Voluble como todas!» Pero no bien ha andado algunos pasos por la acera de la avenida de Orleans, se dice, casi con remordimiento: «Rosina tiene razón.»

Y se complace en pensar que aquella pobre joven... *caída* guarda en un rincón de su alma un escrúpulo de pudor que él no ha tenido, y aunque contrariado en sus deseos sensuales, el poeta se considera dichoso al pensar que se engrandece en su alma el sagrado respeto debido á la mujer.

¡Amadeo, hijo mío, no vale usted nada para los amores ligeros, y no ha venido al mundo para las uniones de una sola noche! Vale más que renuncie usted á estas cosas.

XII

Hacía un mes que el volumen de versos de Amadeo Violette, titulado *Poemas de la Naturaleza*, esmaltaba con su cubierta de azul claro los escaparates de las librerías, y aun no se había calmado en el café de Sevilla la emoción suscitada por el éxito de la obra y por los artículos laudatorios que habíanla dedicado un gran número de periódicos.

Pero entiéndase que esta emoción sólo existía entre los melenudos. Los barbudos no se ocupaban de semejantes majaderías; sabido es que desdeñaban la poesía y á los poetas.

Estas barbas severas tenían que arreglar otros asuntos de interés capital; por ejemplo: derribar al gobierno, después refundir el mapa de Europa. ¿Qué había que hacer para anonadar al imperio? Primero, conspirar; segundo, levantar barricadas. ¡Conspirar! Nada más fácil en aquel entonces. Todo el mundo conspiraba en el café de Sevilla: achaques propios del carácter francés, burlón de nacimiento, pero ligero, charlatán y aficionado á conspirar en los sitios públicos. No bien alguno de nuestros compatriotas se afilia á una sociedad secreta, su primer cuidado es correr á su café ó taberna predilectos y confiar bajo el sello de la más absoluta reserva á amigos íntimos, conocidos cinco minutos antes, el objeto de la conspiración, los nombres de los conjurados, el lugar, el día, la hora de la cita, la seña y los signos de reconocimiento; y poco tiempo después de haberse desahogado así, se admira de que intervenga la policía, haciendo abortar un proyecto preparado con tanto misterio y discreción. De esta manera se entregaban al carbonarismo los barbudos del café de Sevilla. En la hora del ajenjo ó del masagrán agrupábanse en torno de cada mesa cierto número de Fiesquis ó de Catilinas; en un extremo de la terraza cinco viejos barbudos encanecidos en el crimen político ideaban una máquina infernal, y en la última pieza diez robustas manos juraban sobre la mesa del billar armarse para el regicidio. Pero como entre las barbas, naturalmente, habíalas también postizas; todos los complots urdidos en el «Sevilla» habían abortado miserablemente.

Y no duden ustedes de que en este templo de la anarquía se estudiada con ardor el arte de hacer barricadas, y esta rama especial de la ciencia de las fortificaciones contaba allí con más de un Vaudán y de un Gribeauval. «Profesor de barricadas» era un título muy honroso en el café de Sevilla y que todo el mundo hubiera deseado consignar en sus tarjetas; y adviertan ustedes que la enseñanza no era solamente teórica. Indudablemente, con motivo de los agentes de orden público no podían darse lecciones prácticas á los bullangueros del porvenir, que constituían el núcleo de la clientela, y el maestro ó doctor en guerra civil no podía salir con sus discípulos y, por ejemplo, desempedrar la calle Drouot; pero había un recurso, un medio de practicar el negocio, valiéndose de los juegos de dominó. Seguramente á ustedes se les hará difícil creer que unos inofensivos pedazos de hueso tomasen aspecto revolucionario entre las sediciosas manos de los parroquianos del café de Sevilla; pero lo cierto es que aquellas fichas inocentes simulaban en las mesas de mármol reducciones de barricadas muy complicadas, con toda clase de baluartes, cortinas, reductos y contraescarpas. Asemejábase esto, hasta cierto punto, á esos modelos de buques de guerra que se ven en el Museo naval. Cualquiera, no estando en el secreto, hubiera creído que los barbudos jugaban sencillamente al dominó; nada de eso, sino que seguían un curso técnico de insurrección. Al gritar «¡cerrado á cincos!», ciertos jugadores parecían ordenar una descarga cerrada, y había una manera de decir «paso», que equivalía á expresar la desesperación del combatiente que ha quemado su último cartucho. Un barbudo con anteojos y sombrero de muelles, un barbudo matemático, reprobado en su juventud en la Escuela Politécnica, se distinguía entre todos por la aterradora precisión con que alzaba en tres minutos una barricada de dominós. Cuando este barbudo cerraba á *seises*, el espectador sentíase transportado por la imaginación á la calle Transnonain ó al claustro de San Merry. ¡Aquello era horrible!

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Monumento erigido en honor de Méndez Núñez, obra del escultor D. Agustín Querol (de una fotografía de D. C. Novoa). – El día 22 de agosto inauguróse el monumento que en la ciudad de Vigo se ha erigido en honor del ilustre marino cuyo nombre ocupa una de las más hermosas páginas de la historia de la marina española. La sociedad *El Gimnasio* concibió el proyecto hace algunos años, y á su llamamiento respondieron con entusiasmo todas las provincias gallegas, en especial la de Vigo. Confiado el modelado de la estatua á nuestro querido paisano el célebre escultor D. Agustín Querol, éste ha llenado su cometido como de costumbre, con lo que dicho se está que ha cumplido como bueno, produciendo una obra digna de la extendida y justa fama de que goza en el mundo del arte. Querol representa á Méndez Núñez en el momento de pronunciar aquellas sublimes palabras: «Más vale honra sin barcos que barcos sin honra,» y es innegable que tanto en la actitud como en la expresión de la estatua ha sabido el escultor imprimir toda la grandeza que encerró en su alma el invicto héroe del Callao.

En el centro del grupo que hay junto al monumento está de pie el ilustrado marino, inventor del submarino de su nombre, D. Isaac Peral, á quien se invitó expresamente para asistir á la inauguración de la estatua; detrás de él, sentado en el zócalo, el autor de la escultura, Sr. Querol, y á ambos lados de ellos la Junta de *El Gimnasio*, algunos distinguidos escritores y varias personas notables de Vigo.

Santo Tomás de Aquino, estatua de César Aurelli. – Por iniciativa del Seminario de Roma abrióse una suscripción, en la que han interesado todos los seminarios del mundo, para regalar al Sumo Pontífice la estatua de Santo Tomás de Aquino, á quien profesa especial veneración Su Santidad León XIII. De la ejecución de la misma se encargó el notable escultor romano César Aurelli, el cual expuso en la Exposición vaticana de 1888 el modelo en yeso de la obra que recientemente ha terminado en mármol y que ya entonces fué la admiración de cuantos la vieron.

La estatua del eximio autor de la *Summa theologica* está destinada á la Biblioteca del Vaticano, y á la verdad no podía destinarse á sitio más apropiado la efigie del Doctor angélico, que ha sido indudablemente uno de los más grandes teólogos de la Edad media, cuyo sistema filosófico es uno de los más notables monumentos del espíritu humano y cuya *Summa* fué colocada por los padres del Concilio Tridentino al lado de los libros santos.

Para ver esta estatua decidióse el Papa á visitar el estudio de Aurelli, situado muy cerca del Vaticano, hecho del que tanto se habló y que dió lugar á animados comentarios y controversias, en las que no hemos de entrar porque no lo veda la índole de nuestra publicación.

El Zoco de fuera, Tánger (de una fotografía instantánea). – Edmundo de Amicis dice en su viaje á Marruecos, hablando del Zoco, que de todos los sitios que ha visitado en el Imperio marroquí es éste el que más vivamente le ha hecho sentir el carácter del país, lo cual se explica perfectamente, porque siendo el lugar en donde todos los jueves y domingos se celebra un importante mercado, júntase en él una muchedumbre abigarrada que no puede menos de llamar poderosamente la atención del viajero por sus trajes, por sus costumbres y sobre todo por el animadísimo espectáculo que ofrece. Es además el sitio por donde pasan los jueves por la tarde los cortejos de las bodas árabes.

Forma el Zoco una gran plaza abierta en el flanco de una colina, en cuya cúspide se alza la Alcazaba ó recinto fortificado y puede decirse que constituye la única curiosidad de Tánger, ciudad de estrechas y laberínticas calles y pobre de monumentos, es decir, con todos los defectos y sin ninguna de las bellezas de las ciudades árabes.

En amorosa contemplación, cuadro de Marco Stone. – La moderna escuela inglesa ha producido pocos cuadros tan poéticamente concebidos y tan bien ejecutados como el de Marco Stone que reproducimos y cuyas bellezas permite apreciar hasta en sus menores detalles el hermoso grabado de Ricardo Bong. Hay en este lienzo una armonía tan perfecta entre el poético paisaje que ostenta en toda su esplendidez las mejores galas de la naturaleza y el sentimiento de que están poseídos los dos enamorados jóvenes, que al contemplarlo se experimenta esa impresión agradable que en el ánimo produce la presencia de lo verdaderamente bello, no turbada por la más pequeña discordancia. La pasión que se refleja en los dos rostros se adivina sin el menor esfuerzo con sólo fijar la atención en la mirada de él y en la ruborosa actitud de ella: esto por lo que toca á la parte íntima. En lo que respecta á la mecánica, las dos figuras admirablemente colocadas y el paisaje hábilmente escogido acusan en el autor un conocimiento profundo de los recursos que posee el arte para hacer que la pintura llegue á confundirse, en lo humanamente posible, con la realidad misma.

La Alhambra. – Patio de los Arrayanes. – Vestíbulo que precede á la Sala de la Barca, casi destruído por el fuego. – Por la galería que se ve en el fondo y que comunica con la sala de la Barca ó *baraka* se supone que comenzó el incendio que en la noche del 15 del presente mes amenazó destruir la portentosa maravilla, única en el mundo, que se alza en la ciudad de Granada.

No es nuestro propósito ocuparnos de este siniestro, que por fortuna ha tenido consecuencias menos terribles de lo que se podía temer, ni en investigar sus causas, ni en señalar responsabilidades: esto nos llevaría demasiado lejos tal vez, y nos obligaría á extendernos en consideraciones que, si pueden tener cabida en otras secciones de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, holgarían en ésta, destinada á descripción de los grabados. Nos concretaremos, pues, á dar una idea de lo que es el patio de los Arrayanes ó de la Alberca.

El llamado *patio de los Arrayanes* es el mayor del edificio y presenta á la vez el aspecto de una sala, de un patio y de un jardín. Un gran receptáculo rectangular lleno de agua, rodeado de una hilera de mirtos, se extiende de un lado á otro del patio, reflejando cual limpio espejo los arcos, arabescos é inscripciones de las paredes. A la derecha de la entrada se ven dos hileras superpuestas de arcos moriscos, sostenidos por ligeras columnas, y del lado opuesto del patio se eleva una torre con una puerta, por la cual se entrevén las salas interiores medio obscuras, las pequeñas ventanas con sus ajimeces, y por entre las ventanas el azul del cielo y las cumbres de las lejanas montañas.

Las paredes se hallan adornadas hasta cierta altura por zócalos de espléndidos mosaicos y desde éstos hasta arriba de arabescos de delicado dibujo que parecen moverse y cambiar á cada paso. Aquí y allá entre las trecerías intrincadas y á lo largo de los arcos serpentean y se enlazan como guirnaldas inscripciones árabes que encierran saludos, proverbios y sentencias. Junto á la puerta de entrada se lee en gruesos caracteres: «¡Salud eterna!» «Bendición,» «Prosperidad,» «Felicidad,» «Alabado sea Dios por el beneficio de Islam.» A otro lado se ve escrito: «Yo busco mi refugio en el Señor de la Aurora. – ¡Oh Dios! A ti se deben acción de gracia eterna y alabanzas imperecederas.» En otras partes se leen versículos del Alcorán y poesías enteras en alabanza de los califas.



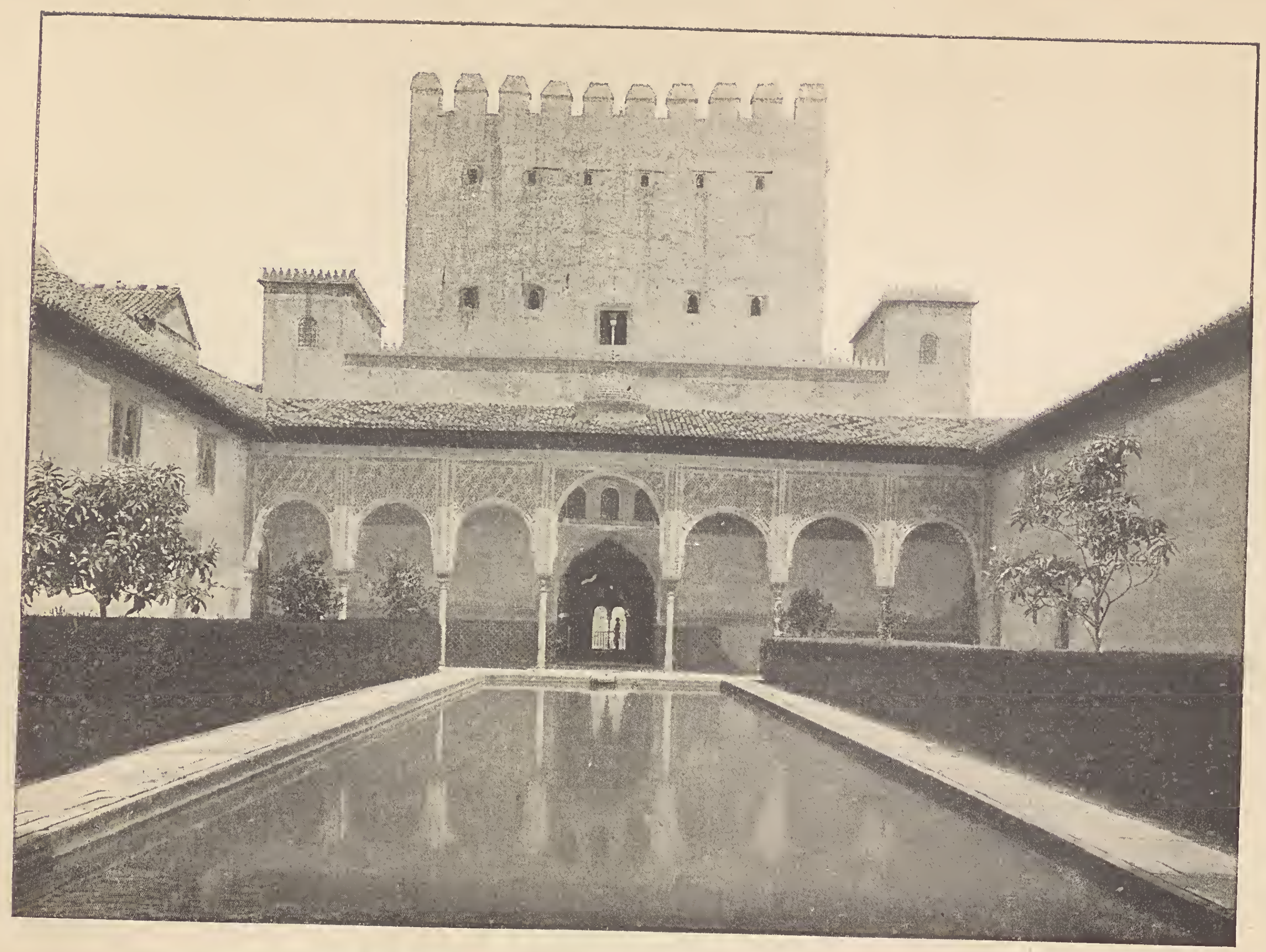












LA ALHAMBRA. – Patio de los Arrayanes. – Vestíbulo que precede á la Sala de la Barca, casi destruído por el fuego

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN